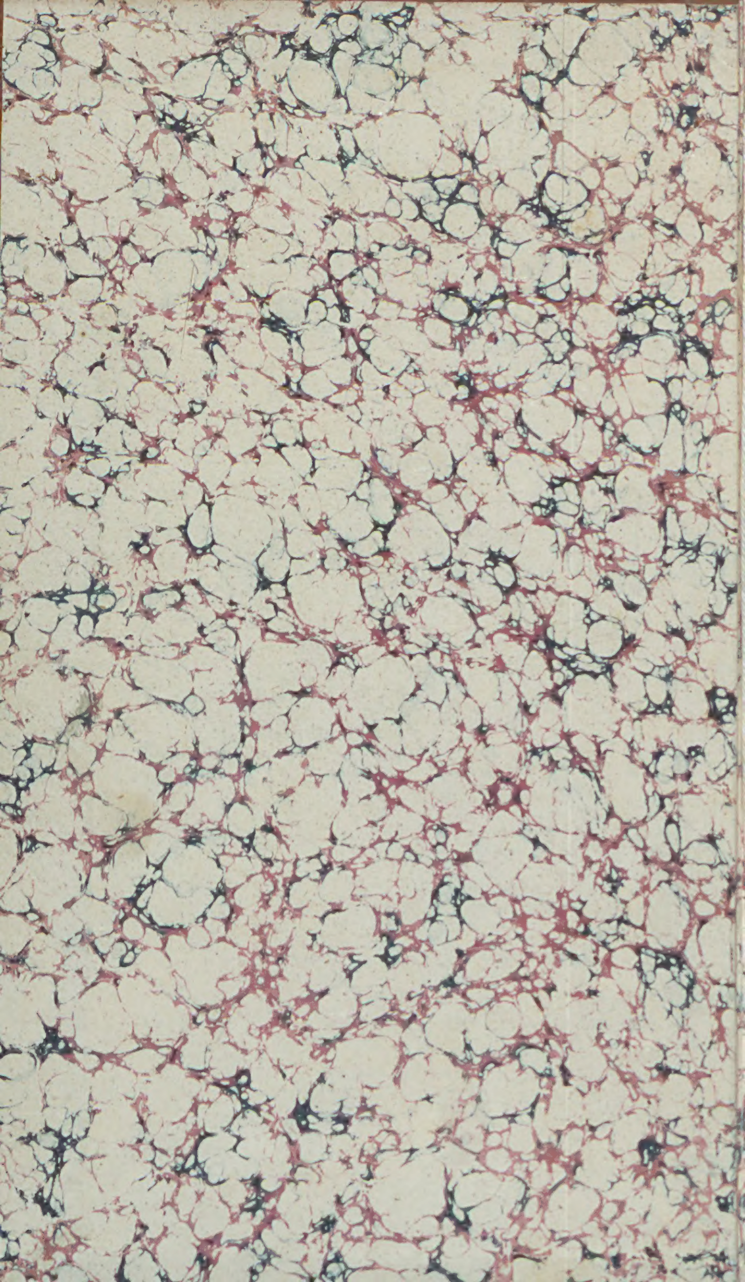
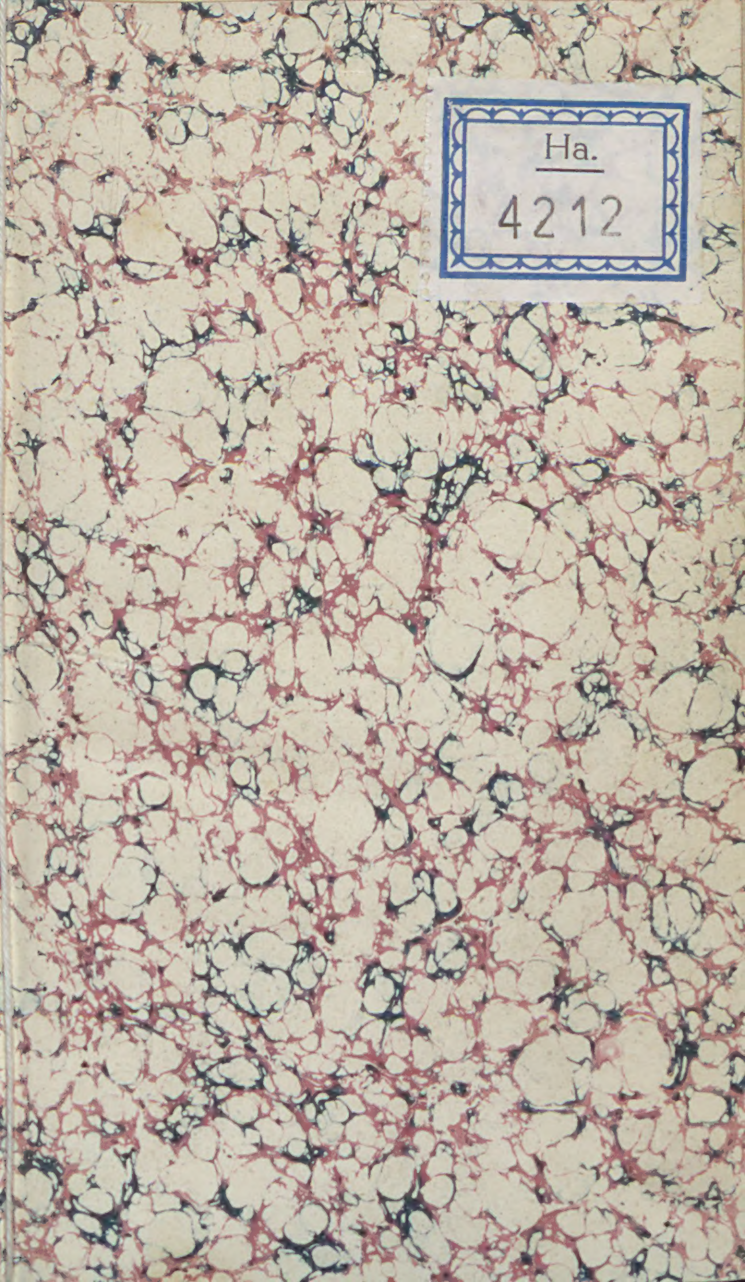
Antonio Gomez

AZEVES.




Ha.
4212


ANTONIO MARQUEZ Y RAMIREZ
ENCUADERNADOR
Génova, 3 y 4
SEVILLA
DA LUCES SIEMPRE FIEL
LA Rl SOCIEDAD ECONOMICA DE SEVILLA
PREMIO A LA APLICACION

Recuerdos de Marchena.

POR

DON ANTONIO GOMEZ AZEVES.

INDIVIDUO DE NUMERO DE LA REAL ACADEMIA
SEVILLANA DE BUENAS LETRAS.

SEVILLA.

Est. tip. de LA ANDALUCIA, Monsalves 29 y Catala-
nes 4, esquina á la de Tetuan.
1863.

PRÓLOGO.

En una de las mas feraces comarcas de Andalucía, se encuentra una agradable villa, llamada Marchena, de cuya historia se han ocupado algunos escritores españoles. Fundada por los valientes romanos en los primeros años que siguieron á la conquista de la Bética con el nombre poético de *Martia Augusta*, ocupó uno de los mas altos lugares entre las colonias beticenses. El más bello gusto adornaba los templos de sus dioses, los palacios de sus potestades, y las casas de sus moradores. Durante la dominacion goda, fué de las más ricas

poblaciones de Vandalia. Vinieron, por último, los árabes, y entonces *Martia Augusta*, la colonia de los romanos, llegó al mayor incremento de grandeza y de celebridad. Los reyes moros de Sevilla, la circundaron de murallas fortísimas y de inespugnables torreones, levantando para su defensa el famoso *Castillo de la Mota*, el cual forma, aun hoy dia, las delicias del añalista y del arqueólogo. Bajo sus altos techos se reunieron muchas veces, en deliciosas zambras, las mas encantadoras damas y los mas cumplidos donceles de la morisma. Cantares melancólicos, jácaras melodiosas, músicas acordadas, en medio de apacibles y serenas noches, se oyeron en sus perfumados jardines y en sus robustos torreones. El talento, la cuna, el amor, la belleza, todo, todo tenia plaza en aquellas galantes reuniones en aquellos dulcísimos saraos.

En 1240, el fuerte *Castillo de la Mota* fué tomado, despues de una tenaz resistencia por el nobilísimo y valiente D. Pedro Ponce de Leon. El generoso rey D. Alonso el Sábio, se lo dió señorialmente, con gran porcion de donadios en aquel término.

Desde entonces la villa de Marchena ha sido un pueblo señorial, de la antigua casa de Arcos (hoy agregada á la de Osuna,)

cuyos duques, como señores, nombraban los asistentes, los ayuntamientos, los escribanos y todos los demás oficios públicos.

Hoy dia, la villa de Marchena es una de las mas ricas del reino de Sevilla. La feracidad de sus campos y la esmerada laboriosidad de sus hijos, la harán florecer más y más. Su situacion es sana, ventilada y alegre. Tiene calles anchas, grandes y cómodas casas, é iglesias donde se guardan, con mucho cuidado, algunas altas creaciones de Leonardo de Vinci, del divino Luis de Morales, de Juan Martinez Montañés, de Pedro Roldan, de Bernardo de Gixon, de Pedro Delgado, de Pedro Duque Cornejo y de otros esclarecidos artífices.

Desde la más remota antigüedad, las mugeres de Marchena, sin distincion de clases ni de estados, llevan *mantos*, á los cuales les dan cierta graciosa gallardia, muy difícil de esplicar. Los manejan con tan traviesa molicie, que llaman la atencion del forastero. Ojalá que sigan siempre usando de sus famosos *mantos*, porque con ellos embellecen más y más sus altos y esbeltos cuerpos, y sus blancos y hermosos rostros.

El Castillo de la Mota.

Romances.

I.

En la vega de Carmona,
Juntáronse una mañana,
Cuatro tercios de templarios,
Armados de fuertes lanzas.
Guerreros de antiguo nombre,
Caballería bizarra,
Que cogió frescos laureles,
En luchas ensangrentadas.
Era el caudillo un mancebo,
Aguerrido en las campañas,
Próximo deudo y amigo
De Garci-Perez de Vargas.
De cuerpo airoso y robusto,
De negro cabello y barba,
De color trigueño claro
Y de espresiva mirada.
Lujoso traje vestia:
Alto caballo montaba,
Mas blanco que el mismo armiño
Y mas ligero que el aura.
Alzando al cielo sus ojos,
Lleno de entusiasmo exclama,
Señalando hácia Marchena,
Con la punta de su espada:
«Allí están los sarracenos:
Santiago cierra España:
Allí templarios, la gloria;
Volemos, pues, á alcanzarla.»
A estas belicosas voces,

Todos gritan: todos claman:
«Muera la inicua morisma.»
Y rompen su augusta marcha.
Iba delante el caudillo,
Rebosando en ira y rabia
Seguíanlo en dos hileras
Sus tropas amaestradas.
Llegan á galope largo,
De Marchena á la comarca:
Hacen alto: lanza enristran:
Colocándose en batalla.

II.

Sobre arrogantes corceles,
Que espumas al aire lanzan
Del Castillo de la Mota
Moros bajan: moros bajan,
Por las vecinas llanuras,
En grupos se desparraman:
Esperando que su Xeque
La dura contienda abra.
En un bridon cordobés
Que precioso freno tasca
Y haciendo muchas corbetas
La cola al viento derrama.
Llega el Xeque mahometano
A la primera avanzada,
Por el caudillo pregunta
Y por su nombre lo llama.
Vengo, le dice, á este sitio,
A cumplirte la palabla,
Que junto á Moron te di:
Luchemos, pues, cara á cara.
A lo mismo vengo yo,
Con esta hueste gallarda;

Contéstale Pero Bravo:
Echando mano á la espada,
Y ¡guai de tí y de los tuyos,
Alma de Cain! aguarda
Verás del valor templario,
La no vencida pujanza.
Al decir esto: arremete
Con intrépida arrogancia:
Atravesándole el pecho,
De una profunda estocada.
Cae en la tierra, como el roble
Que el fiero huracan arranca,
Y dando horrible gemido,
El postrero aliento exhala.
Acobardados los moros
Huyen á la desvandada
Y la templaria cuchilla
Corta brazos y gargantas.
Muy alegre Pero Bravo,
Su tajante acero envaina:
Alza los ojos al cielo:
Dándole cumplidas gracias.
El castillo de la Mota,
Sus anchos puentes levanta:
Echa argollas y cadenas:
Cierra puertas y ventanas.

La estrella de Marchena.

En la plazuela de San Juan Bautista, la más antigua y solitaria de Marchena, habia una casa á principios del siglo XVI. Edificada

en los primeros años despues de la conquista de esta villa, presentaba por el esterior un aspecto vetusto y sombrío. El interior, tampoco era moderno ni alegre. En el patio, se veian corpulentos rosales de todas las estaciones. Los jazmines, los romeros, las yedras y las madre-selvas, formando graciosos pabellones, tapizaban sus negruzcas y desconchadas paredes. Un robusto pino, que descollaba en medio de estos olorosos arbustos, cubria con su régio manto los tejados y las azoteas de la casa.

Dos cónyuges y una hija única la habitaban. El marido, llamado el tio Pedro Rueda, pobre labriego, tenia toda la sencillez de los de su clase: la mujer, nombrada la tia Juana Rubio, era una santa: la hija, en fin, llamada Luisa, conocida por su rara belleza con el sobrenombre poético de la *Estrella de Marchena*, era una jóven muy obediente á sus padres y muy laboriosa. Despues que hacia por las mañanas, las faenas de su casa, se dedicaba á la costura ó á hacer primorosas medias, clases de mugeril trabajo, que cultivó Marchena, con tanto gusto y provecho, en aquellos tiempos y en los posteriores. La *Estrella de Marchena*, era justamente apreciada de todos los vecinos de la plazuela. Los domingos por las tardes, sus jóvenes amigas venian para bailar alrededor

de el *Pino de los recuerdos*. Cada cual de las jóvenes, dejaba una memoria amorosa, clavada en su corteza. Allí, la bella Sancha el *Clavel de Moron*, de ojos negros y de cintura de junco, lloraba las ingratitudes y los desvíos de su amante. Allí, la graciosa Eulalia, la *Rosa del Arahal*, gemia las traiciones de su ingrato. Allí, la sin par Eugenia, el *Lirio de Carmona*, sollozaba por las veleidades de su cruel. Allí, la linda Carlota, el *Jazmin de Osuna*, suspiraba por la vuelta de su pérfido. Allí, en fin, todas las jóvenes de la plazuela y del barrio de San Juan, reunidas bajo el copudo *Pino de los recuerdos*, lloraban los suyos.

El jóven conde de... rico caballero inglés, procedente de Madrid, llegó á Marchena, para visitar el famoso *Castillo de la Mota*. Traia cartas de los duques de Arcos para sus contadores. Hospedóse en el castillo, siendo tratado con todo el lujo y la ostentacion, que acostumbraba entonces hacerlo la rica y desprendida grandeza española.

Mucho hirió la curiosidad de los habitantes de Marchena, la llegada de este personage. Los unos lo hacian rey. Los otros lo hacian duque. Todos se ocupaban de él. Su gallarda presencia, su lujo pomposo y sus modales, se atraian las escudriñadoras miradas de las jó-

venes marchenenses, principalmente de las que se reunian en la plazuela de San Juan Bautista, bajo el verde y pomposo manto del *Pino de los recuerdos.*

Reunidas nuestras hermosas jóvenes amigas una apacible mañana de primavera, en la casa de la *Estrella de Marchena,* fueron en compañia de sus padres á pasar un dia de campo, costumbre tan comun en los alegres pueblos de Andalucia, á un olivar, cercano al Camino del Oro.

Por la tarde, despues de la comida, al son de festivas panderetas y guitarras, bailaron en varios coros. La *Estrella de Marchena,* el *Clavel de Moron,* la *Rosa del Arahal,* el *Lirio de Carmona* y el *Jazmin de Osuna* lucieron su coreográfica destreza.

El jóven conde inglés de... que acompañado de su elegante pagecillo, andaba cazando por aquellos contornos, atraido gratamente de la armonía de las guitarras y de los palillos, llegó al corrillo donde estaba la *Estrella de Marchena.*

El ilustre hijo de la orgullosa Albion, no acostumbrado á tan pintorescas reuniones andaluzas, sino á las frias y descoloridas de su pais natàl, recostado contra su rica escopeta, chapada de oro con el blason de armas de su

familia, estuvo largo tiempo. Sus miradas á todas las jóvenes, pero singularmente á la *Estrella de Marchena,* significaban, muy á las claras, que la aguzada flecha del amor se habia clavado en su pecho.

Ya la tarde iba espirando. Acabados los bailes, todos se pusieron en marcha hácia la poblacion. El jóven caballero inglés, pensativo y taciturno, seguido á pocos pasos de su bello y elegante pagecillo, venia detrás de tan numerosa labriega caravana, con más placer, que en la suntuosa córte de sus reyes La *Estrella de Marchena,* aquella oscura plebeya, habia herido de muerte su corazon.

Todos entraron en Marchena por la ancha y alegre calle de Santa Clara. Cuando el conde y su pagecillo, despues de atravesar la de San Pedro, llegaron á los Cuatro Cantillos, le dijo aquel á este:

—Anda, Ricardo, anda, sigue á esa jóven hasta su casa. Yo me voy al Castillo, porque me encuentro cansado con la caminata de todo el dia.

Apenas habria pasado media hora, cuando Ricardo ya estaba en el *Castillo de la Mota,* dándole noticias á su Señor de la plazuela y casa donde vivia la *Estrella de Marchena.*

A la una de aquella misma noche, el jóven

conde británico, acompañado de su gentilhombre y de su pagecillo, al pié de una pequeña ventana alta de la casa de la *Estrella de Marchena*, cantaba con buen acento castellano, al poético compás de una magnífica harpa, la siguiente redondilla:

El lirio ni la azucena
De los bosques olorosos
Son para mí mas hermosos,
Que la *Estrella de Marchena*.

Al acabar esta redondilla, una linda y blanca mano femenina, saliendo por la pequeña ventana, tiró al suelo muchas flores. Seguidamente, una apagada sonrisa mugeril, se oyó en el fondo de aquella estancia.

Al dia siguiente domingo, el conde británico, acompañado como siempre de su pagecillo, vestidos los dos con mucha magnificencia, tan propia en los hijos de la rica Albion, fué á la misa del pueblo, á la parroquia de San Juan Bautista.

Antes de entrar en la iglesia, estuvieron paseando largo rato por el melancólico átrio de la puerta del *Perdon*, que está á los piés del templo, con el intento de ver desde allí á la *Estrella de Marchena*. Esta, envuelta en su airoso manto negro, salió de su casa con su

madre, dirigiéndose á San Juan, para oir misa. El delicado continente de su gallardo cuerpo, la lindeza de sus leves piés y sobre todo la hermosura de su rostro, medio tapado con su manto, hicieron olvidar á nuestro conde todas las frias bellezas del Norte. Inflamado con la llama de un vehemente cariño, ya no trató de otra cosa que de proporcionar los medios de unirse para siempre á aquella honesta jóven.

Mientras duró la misa mayor, estuvo nuestro conde estudiando las obras artísticas de pintura y de escultura, que la piedad de algunos hijos ilustres de Marchena habia acumulado hasta entonces en este hermoso templo.

Acabada la misa, estuvo el jóven conde británico paseando con su pagecillo cerca de una hora por el átrio de San Juan, llamado de la puerta del *Perdon*, mientras que la *Estrella de Marchena*, asomada á la pequeña ventana alta de su casa, ostentaba su angélica hermosura.

Aquella misma noche, desde las doce hasta el amanecer, estuvo hablando la *Estrella de Marchena* por la ventana con el jóven conde. Siguieron de esta manera por el espacio de dos meses, al cabo de los cuales, obtenidas las licencias de los padres del conde, que eran

católicos romanos, y de los de la bella Luisa, la religion santificó sus amores con el matrimonio.

La *Estrella de Marchena*, aquella oscura plebeya española, de repente convertida en ilustre aristócrata inglesa, fué por muchos dias el asunto de todas las conversaciones de sus paisanos.

Los novios, despues de haberles dejado al tio Pedro Rueda y á la tia Juana Rubio, una gran suma de dinero, marcharon á Inglaterra, en donde los esclarecidos padres, y todos los demás parientes del poderoso conde, recibieron á la bella Luisa con mucho cariño, haciéndola suntuosos regalos de boda, y llamándola siempre la *Estrella de Marchena*.

El tio Pedro Rueda y la tia Juana Rubio bendijeron á la Santa Providencia, por los bienes tan copiosos que habian recibido de sus liberales manos. Muy tristes por la ausencia de su hija, murieron en Sevilla á los pocos años. La *Estrella de Marchena*, adorada por su marido, y querida y respetada de cuantos la trataban, crió á sus cuatro hijos: teniendo antes de morir el indecible gusto de verlos ascender á altas dignidades, y á uno de ellos de que se contara en el glorioso y corto número de los grandes literatos ingleses.

El Arco del Berral.

Las dos de la madrugada del dia 14 de diciembre de 1590, daban los relojes de las iglesias de Marchena. El frio, el silencio y la osuridad reinaban por todas partes. Doce ginetes, sobre sus arrogantes y lijeros alazanes, parados fuera del *Arco del Berral*, hablaban bajo. Eran unos famosos bandoleros, que esperaban la llegada de un confidente.

Por el Arco de la Rosa viene bajando un viejo labriego. El capitan de los ladrones, retaco en mano, adelantándose con su hermoso caballo castaño, y entrando por el *Arco del Berral*, dice con robusta voz:

—¿Quién vá allá?

—No hay cuidado, capitan: el tio Roque. Contestó el viejo confidente.

Al acercarse el tio Roque al capitan de los ladrones, dándole la mano muy apretada, y saludándolo con tierno afecto, le dijo:

—Ni un real siquiera de los ocho mil que le pedias en tu carta del sábado, me ha que-

rido dar D. Estéban. La carta se la llevó al Asistente de esta villa, sin decirle que yo se la habia entregado. El Asistente está rabiando contra todos vosotros. Ahora hay aquí más de cuarenta cuadrilleros de caballería de la Santa Hermandad, los cuales han llegado ayer de Sevilla. La gente dice que son para activar más y más la persecucion de vuestra partida. Tambien ha venido con los cuadrilleros de la Santa Hermandad, vuestro amigo D. Rodrigo.

—¡Bribonazo! ¿A qué habrá venido á Marchena ese maldito viejo?

Exclamó el capitan de los ladrones.

—Toma: á prepararos los cordeles de cáñamo, para que amarrados por el pescuezo deis unas meciditas en los álamos negros de San Diego de Sevilla.

Contestó el tio Roque con mucha cachaza.

—Déjese V. ya de bromas, tio Roque, y vamos á lo que nos interesa.

Le dijo el capitan de los ladrones.

—¿Que resolvió al fin D. Estéban?

—¡Pues no lo has oido ya bien claro! ¿Eres sordo?

Le dió tu carta al Asistente, y me dijo por último con mucha cólera, estáchándolo yo para que me aflojara el dinero.

—Dígale V. tio Roque que no le doy ni una peseta siquiera. Que vaya á robar los terrones del *Cerro de la Horca.*

—¿*Tiemblo al nomblarla*!

Exclamó con tono grave el tio Roque.

—Pronto, muy pronto, le pesará á ese Señoron orgulloso haberle dado á V. respuesta semejante.

Contestó el capitan con mucho coraje.

Bien puede ese soberbio estarse metido en Marchena, como una monja de Santa Clara, y no salir más al campo, porque en cuanto lo coja en sus viajes á Mairena del Alcor, le doy un balazo que no dice ni *Jesus.*

—No hagas eso, capitan. No mates á nadie. Que los mate Dios, que los crió.

Contestó el tio Roque, con mucha calma.

—¡Vaya, tio Roque, que se va V. haciendo más beato que un cartuxo!

—Como ha de ser, capitan: los años y las enfermedades nos trastornan completamente.

—Tio Roque, pasemos á otro asunto. ¿Qué tenemos de nuevo en Marchena?

—Nada mas, capitan, sino que mañana á las ocho sale D. Alfonso el Indiano, con su aperador el tio Camilo, el *Zurdo,* para Sevilla. Lleva en oro los cuatro mil ducados de las

tierras que por San Miguel compró al señor Arcediano de Niebla:

—Bueno, tio Roque, bueno: en oro y contadito.

—¿Me guardarás mi propina, capitan?

—Eso por supuesto.

—¿No hay nada mas por ahora, tio Roque?

—Nada, capitan.

Dijo el antiguo y leal confidente.

Al acabar el tio Roque estas últimas palabras, veinte gallardos cuadrilleros á caballo, avisados por un diligente espía, saliendo por el próximo Arco de Tomisa, bajaban á largo paso castellano al del *Berral*, para batir á los ladrones.

Ya venian los cuadrilleros por frente de las paredes del Matadero, cuando apercibidos los ladrones de una tan mala intempestiva visita, con su capitan á la cabeza y el tio Roque montado á las ancas del fuerte y ligero corcel de uno de ellos, se retiraron en buen órden, á los hornos de ladrillos, que están junto á la pequeña laguna, del derrame de la Fuente de las Cadenas, llamada hoy el Baño de los Caballos.

A los pocos momentos, un nutrido tiroteo, acompañado de algunas descargas cerradas, formaban el terrible encuentro de los cuadri-

lleros de la Santa Hermandad con aquella gavilla de foragidos.

El fragoroso ruido de las armas y de los caballos, las altivas voces de los combatientes, los agudos ayes y los tristes lamentos de los heridos y de los moribundos, derramados por aquel tenebroso campo, indicaban á cualquiera la crudeza de la refriega, la furia de los ladrones y la disciplina de aquellos valientes y pundonorosos cuadrilleros.

No se veia más por la oscuridad de la noche sino los vivaces fogonazos de las carabinas, de las escopetas, de los retacos y de los trabucos. Maldiciones blasfémicas por parte de los bandidos, suspiros, ayes, lamentos, quejidos, este era el cuadro tristísimo de aquella sanguinaria jornada.

El veterano gefe de los cuadrilleros, entendido y bizarro soldado, trató de cercar á los ladrones; para caer sobre ellos al sable y destrozarlos de una vez. Pero los pocos que de estos habian quedado vivos, conociendo su intencion, trataron por medio de la huida, de ponerse á salvo de las tajantes cuchillas de aquellos invencibles cuadrilleros.

Dada la señal del punto de reunion, que era el Monte Palacio, abandonaron,los ya casi extinguidos facinerosos las tapias de los hor-

nos de ladrillos, las cuales habian quedado aquí y allá salpicadas de sangre de los suyos, y rotas y agujereadas por las balas de los contrarios.

Puestos los pocos ladrones que quedaron en precipitada fuga por caminos estraviados, se dirigieron al Monte Palacio. Desgraciadamente la oscuridad de la noche no dejó á los cuadrilleros acabar del todo con aquella famosa gavilla de salteadores, terror de los vecinos de Marchena y de los demás pueblos del reino de Sevilla.

El tio Roque, el viejo confidente, atravesado de parte á parte por una bala, agonizando por todo el camino, llegó al Monte Palacio donde espiró al momento. Los cuadrilleros de la Santa Hermandad tuvieron seis hombres levemente heridos y tres caballos muertos: pero los ladrones dejaron en el campo siete hombres muertos, entre ellos el capitan, tres gravemente heridos, los cuales murieron al otro dia y seis caballos muertos.

De esta manera, finalizó aquella pequeña batalla: concluyó aquel sangriento choque: se acabó, en fin, aquella cuadrilla de ladrones, la cual habia sido algunos años, el espanto de las más ricas poblaciones de Andalucía.

La entrevista amorosa.

ROMANCE.

Del castillo de Gandul,
Con marlota y albornoz,
Sale el arrogante Abdalla
En un fogoso troton.
Diríjese al de la Mota;
Donde lo espera su amor,
La bellísima Algasania,
Jóven de gracia y candor.
Ya atravesó el rio Corbones
Con su alazan nadador:
Ya se mira en el Castillo,
Á los piés de un torreon.
Saluda á Algasania bella,
Embargado en ilusion:
Diciéndole: hermosa mora,
Con clara espresiva voz:
Tengo huertas de naranjos,
Anchas vegas de labor,
De higuerales cuerdas mil,
De olivas, larga porcion.

Blancos rebaños sin cuanto,
Yeguadas de gran valor,
Muchos graneros henchidos
De rubio trigo precoz.
Tengo lechos de marfil,
Más bellos que el mismo Sol:
Tengo termas de alabastro,
Labradas con gran primor.
Tengo sofaes de oro,
Sobre alfombras de Sidon,
Ricos brocados soberbios,
Con brillantes del Mogol.
Tengo grandes territorios,
Que mi padre conquistó,
Con los filos de su alfanje,
En los campos del honor.
¡Algasania de mi vida,
Quién más dichoso que yo!
Ni el arrogante Boabdil,
Ni el intrépido Almanzor.
Todo es tuyo, linda mora,
Y tambien mi corazon,
Que nació para quererte,
Que para amarte nació.
Esto dijo el rico Abdalla:
Y alegre á Gandul volvió;
Cuando asomaba entre flores
De la aurora el claro albor.

Los soldados María.

ROMANCES.

I.

En gallardos alazanes
Con frenos de pedrerias,
Salen ya los Xeques moros
Por las puertas de Sevilla.
Van ligeros como el viento,
Al campo de Benaxila:
Donde firme los espera
Cristiana caballería.
Entre todos se distingue
Alí Bek, el de Medina:
El que vino á Benazuza,
Por la graciosa Zulima.
Cabalga troton castaño,
Que á largo paso camina;
Levantando el polvo al Cielo.
Dando en tierra con la cincha.
Lleva turbante de seda
Lujoso almaizar de Siria,
Cimitarra de Damasco
Y axarcas de Berbería.

En su orgulloso semblante
Va retratada la ira;
El coraje va pintado
Contra el nombre de *María*.
Para dar certero ataque,
O prevenir bien la huida,
Al frente de los cristianos
Hace alto la morisma.
Sobre brillante espesura
De espadas, lanzas y picas,
Manejadas por templarios
O por bravos santiaguistas,
De Jesus el oriflama
Se alzaba con bizarría,
Ilustre santa bandera,
En todas partes temida.
Ya los tercios de templarios,
Dando señal convenida,
A las huestes sarracenas
Atacan con valentía.
Trábase fiero combate,
La sangre á arroyos corria,
La grey mora desfallece
Y huye al fin despavorida.
Queda tan solo en el campo
Alí Bek, el de Medina,
El cual reta con audacia,
Al maestre Santiaguista.

II.

Vestido de punta en blanco,
Sobre un potro de Montilla,
Viene montado el Maestre,
Que al mismo Marte dá envidia.

Cubre sus airosos hombros,
Manto de grana encendida,
Con la *Cruz de las batallas*,
Rica inapreciable insignia.

Empuña espada de acero,
En caliente sangre tinta,
Y viste cota de maya,
De sudor enmohecida.

—Alá, dice al Xeque fiero,
Te salve de mi cuchilla,»
Y cae el Xeque del caballo,
Con una mortal herida.

—¡Nazareno, esclama el moro,
Con voz apagada y fria,
Muero por Alá contento:
Aunque dejo á mi Zulima!

Toda la tropa agarena
Quedó en la tierra tendida:
Salváronse los que huyeron
Con mugeril cobardía.
Aquí se vé á uno espirante:
Allí al otro, que suplica
Del vencedor, la clemencia,
Puesta en tierra la rodilla.
Ayes, llantos y gemidos,
Ternísimas despedidas,
Dó quiera, tristes, se escuchan,
En la amarga Benaxila.
Veló el Sol las claras luces
Vino la noche sombria:
Y los buhos tristes cantos
Por los valles repetian.
A las selvas de Marc ena
Los cristianos se retiran:
Para dar sosiego al brazo,
Y al Cielo gracias cumplidas.
Este fué el duro combate
Del campo de Benaxila:
Donde su valor lucieron
Los Soldados de María.

El Combate.

—

ROMANCE.

En un caballo andaluz,
Negro, como el azabache,
Que con la crin y la cola
Los anchos caminos barre.
Y con resuelto galope
El polvo levanta al aire
El bizarro Sancho Perez
Junto á Marchena alto hace.
Al recibirlo un Wali,
Del fuerte castillo sale:
Llega á su lado y le dice,
Con corteses ademanes:
—Nazareno: cuando gustes,
Comenzará nuestro lance,
—Ahora mismo, le contesta:
Sacando el nudoso sable.
Puesto el uno frente al otro,
Con intrépido coraje,
Pugnan, hieren, clamorean
Y cae muerto el fiero alarbe.

Sancho Perez con su acero,
Vencedor en cien combates,
Vuelve á su campo, gozoso,
Bañado en muslima sangre.
—Viva Sancho Perez, viva:
Gritan las cristianas haces:
—Viva Sancho Perez, viva:
Repiten las soledades

Las tapadas.

En los últimos años del siglo XVI solian ir, de cuando en cuando, á la villa de Marchena, dos hermosas damas, de conversacion instructiva y halagüeña, de cortesanos modales y de lujo estraordinario. Unicamente llevaban en su compañía, á un viejo criado y á una anciana y adusta dueña. La una, como de veinte años, decia llamarse Doña Socorro Ayala de Sandoval: la otra, de alguna más edad, doña Eulalia Perez de Villavicencio. Las dos se trataban como primas.

En las varias veces que estuvieron en Marchena, no se hospedaban nunca en la misma casa. Ya en la plaza de arriba, ya en la de San Andrés. Bien al final de la calle de San Se-

bastian, á su salida al campo, bien en el de la Santa Clara, á la misma salida.

Ninguno de los habitantes de aquella villa, por más indagaciones que hacia, jamás lograba saber, quienes eran aquellas damas, de donde venian, ni que negocios las llevaban á Marchena. Este oscurísimo arcano, tenia fatigada la pública curiosidad.

No esquivaban nuestras damas el trato social; antes por el contrario, lo buscaban con las muchas señoras y caballeros, de casas ricas é ilustres que habia entonces en Marchena. Varios de estos caballeros, entre ellos el Asistente, atraidos por sus hermosuras, por sus pomposos faustos, y sobre todo por su delicado trato, quisieron contraer con ellas matrimonio, pero siempre sufrieron, tanto de doña Socorro Ayala de Sandoval, como de su llamada prima doña Eulalia Perez de Villavicencio, desagradables repulsas.

En las largas y frecuentes conversaciones que tenian nuestras damas con sus numerosas visitas, cuando trataban de si propias, callando el pueblo de su naturaleza y del que venian á Marchena, solo indicaban ligeramente, que eran poseedoras de ricos mayorazgos en Nápoles y en Sicilia, ganados por sus esclarecidos abuelos, con las puntas de sus espadas, en las

sangrientas guerras de Italia: y donados por los augustos reyes de las Españas, para pagarles los grandes servicios, que les habian hecho al frente de aquellos famosos é invencibles *Tercios*.

Durante la permanencia de nuestras damas en Marchena, siempre habia grandes robos en las iglesias ó en las casas de los particulares. Pero los habitantes de Marchena jamás podian presumirse, que nuestras hermosas damas fueran las autoras de tales delitos.

A media noche, sin ser vistos de nadie, venian los criminales cómplices de nuestras damas: recibian sus órdenes, y marchaban inmediatamente á ejecutarlas. Hecho el robo, si este consistia en dinero metálico, se lo repartian entre sí por iguales partes; y si en piedras preciosas, ó en obras de plata ú oro, marchaban los cómplices á Portugal, en donde las vendian á alto precio; y á su vuelta del vecino reino, se distribuian el importe de ellas, de la misma manera.

Dedicadas esclusivamente nuestras falsas doña Socorro Ayala de Sandoval, y su finjida prima doña Eulalia Perez de Villavicencio, á la rapiña, robaban por mano de sus delicuentes compañeros, las mas ricas alhajas de los particulares y de los templos de Marchena.

Nunca dejaban de asistir convidadas nuestras damas á los dias de campo, y á todas las demás diversiones públicas ó privadas, con que han acostumbrado siempre solazarse los caballerosos y desprendidos hijos de Marchena. En ellas ocupaban uno de los más distinguidos lugares, bien por sus talentos, bien por sus bellezas, bien en fin, por sus ricos vestidos y suntuosos aderezos. Iban á estas diversiones muy tapadas, con sus ricos y airosos mantos de Marchena; por cuyo motivo eran conocidas entre sus muchos adoradores, con el sobrenombre de las *tapadas*.

No habia un jóven de Marchena, como perteneciera á la clase rica y noble, que no le hubiera declarado su amor á nuestras dos damas; pero singularmente á la que se nombraba doña Eulalia Perez de Villavicencio, la cual aunque de alguna más edad que doña Socorro Ayala de Sandoval, era tan graciosa como Flora, y más bella que la misma Venus. Su rostro, sus manos, su cintura, sus piés, su arrogante cuerpo y sobre todo la dulce entonacion de su voz y la doctrina de sus conversaciones, la hacian muy apreciable para todas las personas que la trataban sin distincion de sexos, de estados, ni de clases.

Al amanecer de un claro y apacible dia de

primavera el señor Asistente de Marchena, fué avisado por tres manchegos azafraneros, que al pasar por el Parque habian visto muy cerca del camino que traian, y hácia las *Torres Caidas*, tres cuerpos tendidos en el suelo, al parecer muertos, dos de hombres y uno de mujer: que no léjos de ellos, estaba medio sentada en el suelo, una mujer espirando, á la cual, entre las ansias de la muerte, le habian oido bien claro estas tristes esclamaciones:

—¡Dios mio, misericordia! Ya vuestro cierto y terrible castigo está sobre nuestras cabezas. ¡Ay! tantos delitos, tantos robos sacrilegos como hemos cometido en Marchena, merecian un severísimo castigo. Vuestra santa justicia, Señor, valiéndose de las afiladas cuchillas de esos tres valientes jóvenes, á quienes con el engaño de una cita amorosa, íbamos á robar, les ha hecho ya á mi amiga Doña Eulalia, á esos dos criminales consortes nuestros, y á mí me va á hacer muy pronto espiar justamente nuestros horribles crímenes.

Que la infeliz moribunda al acabar estas últimas palabras, levantando sus manos en alto, despues de dar un profundo y desgarrador quejido, cayó del todo al suelo muerta: que venian, en fin, á ponerlo en su conocimiento,

para que tomara las providencias que tuviese á bien.

Con la mayor prontitud el Asistente de Marchena, acompañado del Alguacil mayor, de escribano de semana, de cuatro cuadrilleros de la Santa Hermandad, y últimamente lo que sucede en estos casos, aunque ocurran á media noche, de un susurrante enjambre de curiosos, se constituyó en el lugar de la matanza.

—Por el Rey D. Felipe II, y por el Señor de Marchena, nuestro amo.

Dijo el Asistente tendiendo la vara en tierra, y recogiéndola y dándosela al momento el Alguacil mayor.

Las dos famosas *tapadas*, y dos hombres forasteros, á quienes nadie conoció, aqui y allí tendidos en tierra, muertos y bañados en su propia sangre, era el verdadero cuadro de aquel fatídico paisage. Un sangriento y horrible teatro presentaba á la vista el pequeño campo de las *Torres Caidas*.

El Señor Asistente de Marchena, después de practicadas las primeras diligencias de costumbre, mandó al escribano dar fé, principiando como digno y celoso Juez desde aquella misma hora el proceso para la averiguacion de los autores de tan horrible catástrofe.

Los horrendos cadáveres de las perversas *tapadas*, y los de sus inicuos cómplices fueron llevados á la cárcel pública, en la que estuvieron espuestos á la consideracion de todos los habitantes de Marchena. Ni el sabio ni el ignorante, ni el noble ni el plebeyo, ni el rico ni el pobre, ninguno dejó de ir á la cárcel para ver el merecido y justo final de las llamadas Doña Socorro Ayala de Sandoval y su prima Doña Eulalia Perez de Villavicencio; de aquellas arrogantes damas, que habian hecho tanto ruido en Marchena por sus hermosuras, por sus magnificencias y por sus fingidas virtudes. Los amoratados cadáveres de aquellas maestras de robos yacian en la sala de Audiencia, paralelos uno á otro, tendidos sobre una balleta negra. En el testero de la sala habia un altar enlutado con un hermoso Crucifijo, con cuatro velas encendidas. El Salvador del mundo, cuya bondad es inagotable, estaba custodiando á aquellos restos mortales de dos grandes pecadoras, y mirándolos con ojos de misericordia y de perdon. ¡Tanto es Señor tu amor á los ingratos hijos de Adan! Bendito seas Santo Dios de mis padres por los siglos de los siglos!

Desde las *Torres Caidas*, por el relato que le habian hecho los dos manchegos azafrane-

ros, mandó el Señor Asistente de Marchena al Alguacil mayor y á dos cuadrilleros de la Santa Hermandad, de los cuatro que llevaba en su ronda, á la casa de las *tapadas*, las cuales se habian hospedado entonces en la plaza de San Andrés, en la testera que forma la salida de la calle de Gudiel á dicha plaza, para que en nombre del rey D. Felipe II, prendieran á los criados, interviniendo todo el metálico, alhajas, muebles, ropas, papeles y demás efectos, que encontrasen en la referida casa.

Bien pronto el Alguacil mayor, auxiliado por los dos cuadrilleros, estaba llamando á la puerta de la casa. Cansado de llamar, sin que nadie le respondiera, mandó echar la puerta abajo. No pasaron seis minutos, sin que rotos todos sus goznes, haciendo un gran ruido cayera á tierra.

Ni en el zaguan, ni en el patio, ni en las salas, ni en los sobrados, ni en los corrales, hallaron á nadie. Toda ella estaba desierta. Solamente encontraron sobre un poyete del patio, entre unos papeles desdoblados, cuatro pistolas cargadas con balines, seis puñales ensangrentados de mucho tiempo, considerable porcion de balas y un gran manojo de ganzúas. Rebuscando acá y allá uno de los cuadrilleros, bastante idóneo en la materia, se

encontró bajo el oscuro hueco de la escalera, dos hermosos candelabros de plata á martillo, con la marca de San Juan Bautista de Marchena, los cuales hacia tres semanas que habian sido robados de la referida parroquia, y junto á ellos un rollito de papel de marquilla, conteniendo una preciosa cartera de tisú de oro, con broches del mismo metal, dentro de la que se hallaban curiosisimos apuntes biográficos, de nuestras perversas *tapadas*, escritos y firmados por el puño y letra de la falsa doña Eulalia. En ellos se acreditaba, que las *tapadas* eran naturales de la ciudad de Valencia, hijas entrambas de humildes artesanos: que viniendo á bordo de una galera mercante, para Cádiz, en donde pensaban entregarse á la odiosa vida del libertinage y del latrocinio en las aguas de Cartagena, fueron cogidas cautivas por unos corsarios berberiscos, los cuales se las llevaron á Argel, de cuya ciudad pasaron á la de Marruecos, compradas por el emperador Abderramen para su serrallo: que en él estuvieron dos años, sirviendo á los brutales apetitos de aquel lascivo descendiente de los califas de Córdoba, al cabo de los cuales auxiliadas por cuatro valencianos, desertores del presidio de Ceuta, amigos suyos, lograron escaparse de la durisima pri-

sion del Serrallo de Marruecos, viniéndose todos seis juntos á Málaga, en donde comenzaron su ominosa vida de robos y de escándalos.

Los cadáveres, últimamente, de las execrables *tapadas*, y los de sus feroces compañeros, fueron enterrados por la Santa Hermandad, en lugar decoroso, pero lejanos de los de los hombres, que durante su vida habian sido humildes, compasivos, limosneros, el honor de sus familias y la gloria de la noble Marchena.

Per Afan de Rivera.

Romance.

Has herido á mi caballo
Y á mí tambien, Ben Hamad:
No saliste así en Marchena,
Ni tampoco en Arahal.
En ambas lides, mi acero
De sangre velo tu faz
Y despavorido huiste,
Para tu vida salvar.

Muerto se ha visto en el campo
De batalla, á un Per Afan:
Hecho pedazos, se ha visto;
Pero cobarde jamás.
Echame fuertes cadenas:
Ponme al cuello vil dogal:
Pero no manches mi nombre:
Ni maldigas mi solar.
Azares son de la guerra,
Los que pasándome están:
A sufrirlos me resigno
Con noble conformidad.
Llévame, arrogante moro,
A Sevilla, la sin par:
Llévame pronto: no tardes:
Te lo pido por tu Alá.
Tengo en ella ricos deudos
Y amigos de calidad:
Con bálsamos esquisitos
Mis heridas curarán.
Tengo á mi padre y mi madre,
Ancianos de larga edad:
Quiero á mi pecho estrecharlos
Y anhelo sus piés besar.
Es el amor de los padres;
Como rosa matinal:
Que mas perfuma las selvas:
Mientras mas oculta está

Llévame, arrogante moro,
A Sevilla, la sin par:
Llévame pronto: no tardes:
Te lo pido por tu Alá.

La doncella de Marchena.

ROMANCE.

Mira, nazareno, mira,
Este lanzaso mortal:
Que en el cuello he recibido
Peleando en Alocaz.
Diómelo Don Pedro Ponce,
En combate desigual:
Armado venia de lanza:
Yo de alfange nada más.
Ponme balsamos y vendas,
Siqulera por caridad:
Queaunque soy moro: soy hombre,
Hijo de tu mismo Alá.
He estado dentro de Niebla
Con el rey Ahenmafad,
Durante su largo sitio,
Que el mundo no olvidará.

Desde niño fui guerrero:
Era mi padre un Baxá,
Tan valiente como justo;
Tan noble, como leal.
Á su lado, no aprendí
Mas ciencias, que pelear:
Guerras fueron mis maestros,
Cimitarras mi Corán.
A los campos de batalla
Marchaba con tanto afan;
Como la tórtola vuela
Hacia su nido natal.
El salto de los caballos,
Del acero el rechinar,
El *ay* de los moribundos
Y el eco del atabal:
Solo arrullaron los sueños,
De mi juvenil edad:
Aquellos sueños de oro,
Que nos place recordar.
He matado más cristianos,
Que arenas tiene la mar;
Batallando cara á cara,
Con hidalga lealtad.
Y he venido á morir, triste,
En combate desigual,
Por Don Pedro Ponce, el bravo;
Que adora al Dios de Abraham.»

Cuando llegó aquí Zaen,
Exánime más y más:
Clavando sus vagos ojos,
En la doncella Guiomar:
—Adios bella, entre las bellas:
No me olvides por jamás.»
Y pálido y tembloroso,
Dió su gemido final.

MONTIEL Y MOHAMAD.

———

ROMANCES.

I.

El desafío.

—Si eres noble caballero,
Hijo del bravo Abú-Hamed:
Ven á batallar conmigo,
Que tu arrojo quiero ver.
Pide infantes y ginetes,
Al Califa cordobés:
Para luchar con los mios:
Uno á uno, ó cien á cien.

Trae contigo al renegado
Del alcázar de Jaen:
Que ya castigarlo quiero,
Por su horrible proceder.
No olvides á Alí Axataf:
Ni al alcàide de Almaden:
Ni á Jalubi el de Gandul:
Ni al mulato Abú Baker.
Venga toda la morisma;
Anhelo su rabia ver,
Hundida bajo mis plantas
Y llena de amarga hiel.
Con doblados escuadrones,
A estos anchos campos, ven:
Verás del brio cristiano,
La no vencida altivez.
Con los cráneos sarracenos,
Firmes puentes echaré,
En el Genil y el Salado
Y en el hondo Cuadálmez:
Para que mi gente pase
Por ellos, á enjuto pié;
Y atónito el mundo aplauda,
Al Dios Santo de Israel.
Si eres noble caballero,
Hijo del bravo Abú-Hamed:
Ven á batallar conmigo,
Que tu arrojo quiero ver.»

II.

La batalla.

Profunda quietud reinaba:
El sol iba apareciendo
Y con benéficas luces,
Alumbraba el universo.
Al Dios Grande de las selvas
Los pájaros vocingleros
Dirigian dulces trinos
Con no aprendidos jorgeos.
En los valles de Marchena,
Juntábanse los guerreros:
Los cristianos, en un lado:
Los moros, en el opuesto.
Sobre bridon arrogante,
Que airoso tascaba el freno
Y con la cola y las crines
Iba limpiando los suelos,
El aguerrido Montiel,
Empuñaba el fuerte acero:
Castigo de los traidores:
Afrenta de los soberbios.

Cota de malla vestia,
Coraza de duro hierro:
Celada espesa velaban,
Sus grandes ojos de fuego.
La Cruz santa del Calvario,
Ostentaba el noble pecho,
Con un mote que decia:
Viva Jesus Nazareno.
Puesto al frente de sus tropas,
Con las manos en el cielo,
Señalando el campo moro,
Les dice con claro acento:
—Allí están los enemigos:
Valientes, vamos á ellos;
Soldados de alto renombre,
Seguidme: soy el primero.»
Trábase duro combate,
Cara á cara y cuerpo á cuerpo:
Corre la sangre á torrentes
Triunfa el cristiano denuedo.
El soberbio Mohamad,
A los ataques postreros,
Cae en la tierra, moribundo,
De sangre y polvo cubierto.
De turbantes de almaizares,
Queda tapizado el suelo;
Aquí se vé una marlota:
Allí un cinto de gran precio.

jo de esta escultura, en una palangana, la cabeza del Santo trabajada en alabastro, obra de un mérito sobresaliente. Es la de mas efecto que he visto en su género. Tiene toda la amargura de la muerte, con toda la paz de la santidad. En esta lindísima cabeza se une dulcemente la arrogancia gentílica con la mansedumbre cristiana. En medio del tercero se ve, por último, un alto relieve que representa la *Asuncion*, de escaso mérito, pero no lo bastante para desentonar en lo mas mínimo este valentísimo retablo.

En el testero de la primera nave del Evangelio, hay un altar donde se venera á un Señor Cansado, cuya posicion original le comunica grande efecto y mérito. No parece sino que el Salvador va á espirar con el peso inaguantable de la cruz. En el de la segunda, otro altar del mismo artífice del mayor, donde está el *Sagrario*. En él se halla representada la cena en altos relieves. Bajo de ella, se mira un precioso boceto de la escuela flamenca que figura la *Asuncion*, obra bellísima del arte. La Señora va rodeada de una guirnalda de flores tan verdes y vivaces, que no parece sino que están acabadas de sacar de los vergeles.

En la primera nave de la Epístola, hay un

altar con una espresiva *Dolorosa* de medio cuerpo, escultura de mucho efecto. En el testero de la segunda de este lado, una estátua del Señor San José con el niño Jesus de la mano. El Santo es un trabajo muy concienzudo del inmortal sevillano Juan Martinez Montañés. En el mismo altar y cercana al niño, una linda *Concepcion*, de la bella y espresiva escuela de aquel artífice eminentísimo.

La custodia de plata sobredorada es una creacion bellísima. Tiene tres cuerpos, en los que el artífice lució con gusto delicado todos los primores de la arquitectura. Al pie de las ocho columnas del primer cuerpo, se miran unas estátuas pequeñitas muy bien ejecutadas que figuran algunos de los Apóstoles. Sobre estas columnas, al principio del segundo, ocho Patriarcas sentados con libros en las manos. Dentro de este cuerpo la *Degollacion del Bautista*, con tres figuritas mas, estátuas, como las anteriores, de mucho gusto. El tercer cuerpo concluye con una escultura del Bautista. Esta primorosa custodia fué labrada cuando el gusto plateresco estaba en su verdadero apogéo y los artífices estudiaban mas que los del dia. Es, últimamente, esta custodia una obra que la parroquia de San Juan Bautista de Marchena debe guardar orgullosa para

manifestársela á los hombres de saber y de talento.

Entre las alhajas que conserva esta Iglesia se cuentan un rico Cáliz de oro y dos riquísimos atriles para los misales. Estos últimos tienen bajos relieves. En ellos, el delicado autor llevó á la posteridad su esquisita manera. En el uno está representado el ejército de Faraon pasando el mar Rojo, y en el otro un suceso de la vida de San Juan Bautista.

Entre las campanas de la torre hay una calada cuyos melancólicos tañidos levantan en la mente humana las altas ideas de la eternidad. No toca sino en las grandes solemnidades eclesiásticas.

Estas son, pues, las cosas mas notables que he visto en la parroquia de San Juan Bautista. Todo lo que en las demás Iglesias ó en cualquier otro punto vaya encontrando en lo sucesivo se lo escribiré al momento.

Dios me guarde á V. muchos años, como deseo.—**Antonio Gomez Azéves.**

SEGUNDA.

Marchena 24 de Abril de 1852.

Mi estimado amigo: en estos dos dias que han pasado desde que escribí á V. mi primera carta, he visto algunas bellezas artísticas, muy dignas ciertamente de figurar en los primeros museos del mundo. Las Iglesias que he visitado son las siguientes: San Sebastian y San Miguel el nuevo, ayudas parroquiales de S. Juan, Capuchinos y las Beatas de Santa Isabel, Reina de Hungria, antiguo colegio de Jesuitas.

En San Sebastían, situada en la plaza de su nombre, poquisimo tiene que ver el amigo de las artes. A unas manos y una cabeza de la escuela valenciana, que representan la Vírgen de los *Desamparados*; á una estátua de vestir, como la anterior, que figura un San Ignacio de Loyola, obra de los severos cinceles de Pedro Roldan el viejo, y á un púlpito de finísimas piedras, labrado con sencillez y gusto, está reducido todo. En esta iglesia se bautizó

á mediados del último siglo el famoso Padre maestro Alvarado, autor de las «Cartas del filósofo rancio.»

Tan pobre como la Iglesia anterior es la de San Miguel el nuevo, llamada así por haberse, desde 1840, establecido esta ayuda de Parroquia en el ex-convento de S. Agustin. El templo tiene alguna valentía, y muy singularmente el coro. En todas las columnas, en la cúpula y en la linterna, se ven adornos platerescos, pero no de aquellos que deleitan y que encantan. Era propiedad de los Ponces de Leon, antiguos Señores de Marchena. Las cenizas de Don Manuel Ponce de Leon, Duque de Arcos, descansan en modesto sepulcro, embutido en uno de los muros del presbiterio.

Ni la pintura ni la escultura tienen en esta iglesia cosas dignas de grande atencion. Un cuadro de *San Agustin*, de la escuela sevillana, y otro de un San José de la misma, son obras de regular mérito. El primero de estos santos está hincado de rodillas con la cabeza vuelta mirando al cielo con ojos tan serenos y penetrantes que en ellos revela la virtud y el talento del célebre Obispo de Hipona. El otro es de la manera de Alonso Cano.

Pero, si las Iglesias anteriores no encierran grandes obras, la de Capuchinos, situada so-

bre el mismo suelo que ocupó el Anfiteatro Romano, guarda cuidadosa dos, de lo mas brillante que puede producir la inteligencia humana. La primera es una estátua arrogantísima del inolvidable escultor sevillano Juan Martinez Montañés. Figura un San Francisco en penitencia, con las disciplinas y el crucifijo en las manos. Tiene toda la austeridad de un cenobita con toda la dulzura de un santo. ¡Qué actitud, qué ropage, qué herida! Nó parece sino que el Montañés se transportó al cielo para ejecutarla. La segunda es un precioso boceto en tabla, grande y bellísima pintura que representa una *Piedad*, obra inapreciable del celebérrimo Leonardo de Vinci, gran maestro y fundador de la verdadera Escuela Lombarda. Esta creacion embelesadora fué regalada por el Rey D. Cárlos II, á los Duques de Arcos. Vinculada entre los bienes de estos señores, era un objeto de cuidado y predileccion. En 1835, para librarla del secuestro general, la escondieron en una casa de Marchena, donde con el deseo de quitarle algunas manchas, la lavaron con legía y jabon, y la echaron en parte á perder! El niño parece que rie de alborozo. Por fortuna se conserva en buen estado. La cabeza y las manos de la Señora, tambien se conservan; pero el vestido

y el campo desaparecieron á los rudos ataques de la ignorancia y de la barbarie. ¡Qué lástima de pintura! Valuose malamente en Madrid en quinientos doblones.

Algunas otras obras de segundo órden posee esta Iglesia, con especialidad un excelente crucifijo de marfil, de una espresion ternisima, la cual indica con mucha filosofía el amor que nos tuvo el Salvador, cuando por nosotros y para nosotros espiró en el leño santo de la Cruz.

El Padre Teodomiro de Carmona, su capellan, sugeto apacible y cariñoso, el cual me distinguió sobremanera, tiene en sus habitaciones, de su propiedad particular, dos apreciables bocetitos de la escuela sevillana, pintados con suma maestría.

Poco ó nada hay en las Beatas que merezca citarse como cosa de alto mérito, á no ser el templo, que es el mejor de Marchena, por su severo gusto jónico y la bellísima disposicion de todas sus partes. Bien se conoce que fué labrado por los sábios hijos de San Ignacio de Loyola.

Tal es, aunque ligera, la descripcion de las cuatro Iglesias, que he visitado en estos dos dias. Dios me guarde á V. muchos años, como deseo.—**Antonio Gomez Azéves.**

TERCERA.

Marchena 26 de Abril de 1852.

Mi estimado amigo: la Iglesia de Santa Maria de la Mota, fundada en los primeros dias despues de la conquista y llamada asi por hallarse dentro de los muros del célebre castillo *de la Mota*, poquisimo bueno encierra.

Solamente, al lado del Evangelio, una estátua de la escuela romana, figurando á la *Concepcion*, y al de la Epístola, otra, de vestir, que representa un Santo, obra de los severos cinceles de Pedro Roldan, son las dos creaciones artísticas que escitan la curiosidad del viajero. A uella graciosa efigie tiene buena cabeza, mejores manos, pero cuello duro no de Virgen. El ropage tampoco seria malo si no lo hubieran abigarrado tanto con un colorido pésimo y repugnante.

El aspecto de esta Iglesia la más antigua de Marchena, recuerda la valerosa y caballeresca conquista. Bajo sus techos nuestra mente alborotada con altos pensamientos recorre

los siglos y las generaciones y se precipita y se pierde en el inmenso caos de la eternidad, como las turbulentas ondas del rio Niágara van á hundirse en el abismo.

La torre de tres cuerpos con azulejos, algo parecida á las agujas árabes, es la mejor y mas alta de Marchena. Subí á ella para recrear mi vista. A bastante distancia se levantan las sierras de las empinadas Algámitas, de la olivífera Moron y de la saludable Ronda, desafiando con sus árboles y sus verdores á las mas celebradas montañas de la antigua Grecia. Aquí terrenos quebrados, allí tendidas llanuras, dan á aquellas lejanías ese bello ideal, ese encanto sublime de las sábias obras de la Providencia; tan superiores á las canciones del poeta como á las tablas del paisagista.

En el Hospital de la Santa Caridad, fundado, como el de Sevilla, por el insigne D. Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, hay en la sala de juntas un cuadro grande de medio punto, que representa *la Caridad,* de la manera de Roelas, canónigo de Olivares y dignísimo maestro de Zurbarán. En él se hallan diseñadas perfectamente la lividez del cadáver de Jesucristo, la amargura de María y la afliccion de San Juan y de la Magdalena. A un lado de esta pintura se mira el retrato del fundador,

con todo el estilo y dolorido de su íntimo amigo Bartolomé Estéban Murillo.

El convento de San Pedro Mártir, vulgarmente Santo Domingo, fundacion del ilustre D. Rodrigo, primer Duque de Arcos, ha sido el último albergue de varios personages de la familia de los Ponces de Leon. En el presbiterio se ven dos sepulcros de jaspe, de órden dórico, que encierran las cenizas de algunos descendientes de esta noblísima estirpe. Cuatro grandes cuadros apaisados de la vida de *San Pedro Mártir*, en la capilla mayor, y una *Asuncion*, en la de nuestra Señora del Rosario, todos de la escuela sevillana, son las únicas obras que en pintura se pueden estimar en esta Iglesia. En la sacristía hay una razonable estátua de *Santo Domingo* en penitencia, digna por cierto de ocupar otro sitio de menos soledad y abandono.

Felizmente llegué á las Religiosas de la Concepcion, postrera visita de estos dos dias. El templo es pequeño, pero alegre y gracioso. Tiene cinco altares de Pedro Duque Cornejo, enriquecidos con una porcion de estátuas de las que solia trabajar el aplicado sobrino de la famosa Roldana. En esta Iglesia situada, como la de Santa Maria, dentro del castillo de la Mota, existen algunas creaciones

del gusto de Pedro Delgado y de Juan Martinez Montañés. La dignísima Madre Vicaria Sor Pastora Gonzalez, con la blandura y la amabilidad de las esposas de Jesucristo, me enseñó en el coro bajo, estando yo por fuera, arrimado á su reja, dos preciosas esculturitas. La una de la escuela romana, representa á *Santa Catalina*, y la otra de la sevillana, á *San Antonio*. La primera tiene todas las buenas cualidades que deben concurrir en este género de trabajos artísticos. Anatomía, ropage, contornos, todo está ejecutado con talento y sencillez. La segunda es tambien una obrita, si no tan linda, al menos de regular estimacion, singularmente la cabeza y el ropage.

Entre las pinturas que hay en el coro, sobresale el verdadero retrato de la Madre Antigua, fundadora de este convento, muger heróica y sábia literata que logró escribir con pureza y correccion el habla castellana. Este apreciable retrato es del estilo del entendido amigo de Arias Montano, el famoso pintor hispalense Pedro Villegas Marmolejo. Tal vez sea de su misma mano.

En la capilla de la cárcel hay un lienzo del estilo del dicho Pedro Villejas Marmolejo, severo y erudito pintor, que representa la salida de Cristo del sepulcro, acompañada de Angeles

mancebos. Es una razonable pintura. Mucho mejor pareceria, si estuviera colocada en otra mansion ménos triste y dolorosa. En las cárceles públicas las buenas obras de Rafael y de Ticiano, de Velazquez y de Murillo pierden gran parte de su mérito.

El arco árabe de la *Rosa*, es un monumento tan bien conservado, que no parece sino que acaba de salir de las hábiles manos del alarife que lo levantó para ser formidable defensa del fuerte castillo de la *Mota*.

No faltan en las casas particulares de Marchena, algunas buenas esculturas y pinturas.

Una *Concepcion* y un *Señor en la Cruz*, entrambas esculturitas de lo mas delicado de Juan Martinez Montañés.

Una tabla que representa un *Señor*, de medio cuerpo, *atado á la Columna*, obra arrogantísima, debida á las deliciosas inspiraciones del divino Luis de Morales. La cabeza, el pecho, las espaldas, los brazos, las manos, tienen ese grande idealismo, esa pomposa dignidad del que murió en la Cruz para redimir al género humano. ¡Qué rostro tan espresivo, insinuante y celestial, qué carnes, qué columna, qué soga! ¡Divino Morales, honra y prez de Extremadura; tu memoria será eterna, mientras

entre los hombres no se extinga del todo el sentimiento dulcísimo del buen gusto!

Estas son, pues, las obras de mas mérito que hay en las casas particulares de Marchena. He estado en todas ellas y visto en algunas lindísimas producciones de los mas aventajados discípulos de Murillo, singularmente de Alonso Miguel de Tovar, pintor de Cámara del Rey Don Cárlos II, de Juan Gomez de Granada, conocido por el *Mulato*, y de Andrés Perez Murillo. Hasta otra que será la última.

Dios me guarde á V. muchos años, como deseo.—**Antonio Gomez Azéves.**

CUARTA.

Marchena 28 de Abril de 1852.

Mi estimado amigo: ayer por la mañana visité el celebérrimo *Castillo de la Mota*, donde los esforzados hijos de Jesus, lucieron en tiempos de la conquista su denuedo y bizarría. Lleno de entusiasmo atravesé sus pátios; subí á sus torreones y entré en el *Salon de Audiencia*, dentro del cual en los oscuros tiempos del feudalismo los *Señores* de Marchena administra-

ban justicia á sus vasallos. Los recuerdos de la grandeza árabe mezclados, por decirlo asi, con los de la gravedad castellana, levantaron en mi pecho fuertes y dulcísimas emociones.

En los jardines consulté muchos valientes bustos de mármol, de héroes y emperadores romanos, entre los que sobresalian *Galba* padre adoptivo de nuestro compatriota el gran *Trajano, César, Mario* y algunos otros. Estas preciosas esculturas, traidas de Italia por uno de los señores Duques de Arcos, están empotradas en los muros con almenas que rodean los jardines. Son, sin disputa alguna, obras muy arrogantes y dignas de estar enriqueciendo al famoso *Castillo de la Mota.*

Tambien ví lleno de cívico placer *el portillo*, por donde un denodado campeon, al frente de cien lanzas, penetró en el *Castillo*, y arrojó de él para siempre á la feroz morisma, que orgullosa lo desafiaba. Este portillo está al oriente. El sol fué testigo de tan brillante hecho de armas. Mientras alumbre estará pregonando las glorias de aquellos ilustres vencedores.

Aquí, decia yo subido sobre una de sus derrumbadas torres, los soberbios secuaces del falso Profeta, rindieron sus cimitarras á las lanzas de los humildes creyentes del Salvador del mundo. En este mismo sitio, ahora tan

solitario y silencioso, se oian los acordes ecos de las músicas marciales, ó las destempladas voces de los guerreros. Todo pasó ya como el humo. De aquellas grandezas solamente han quedado escombros y ruinas, que están atestiguando la vanidad de las cosas humanas.

Entre las antigüedades que ví en este *Castillo*, llamaron mucho mi atencion la *portada* y una *máquina de guerra*, en forma de mortero, con dos grandes argollones: la visita á este glorioso monumento será eterna en mi memoria.

Antes de concluir esta carta, última de mi viage, quiero hablar á Vd., aunque ligeramente de la mas rara, graciosa y pintoresca costumbre de las hijas de Marchena; costumbre que, en mi opinion, se remonta nada menos que á los tiempos de la conquista, y que consiste en los famosos *mantos*, con los cuales atraen las miradas del curioso forastero. ¡Con cuánto donaire los manejan las jóvenes hermosas! ¡Cuántos atractivos y embelesos cobran sus rostros medio tapados con ellos! El alma se quiere salir del pecho, cuando, con delicada gallardía, entregan á los aires sus cortos extremos. Esta es una bellísima antigualla que no deben nunca abandonar las Señoras de Marchena, si quieren continuar gozando, como

hasta aquí, de su gran fama y justa nombradía.

Bastante me he alegrado, amigo mio, de visitar á la antigua é ilustre *Colonia Marcia*, la cual tiene grandes recuerdos históricos, artísticos y literarios. Dentro de pocos dias nos abrazaremos en esa regalada Sevilla. Dios me guarde á V. muchos años, como deseo.—**Antonio Gomez Azéves**.

NOTA. La Iglesia Parroquial de Santa Marina de Sevilla, pila bautismal del doctor Juan de Salinas y de Pedro Duque Cornejo, y sepulcro de Pero Mexia, del Licenciado Juan de Robles y de Bernardo de Gixon, ya no existe, sino en mi artículo inserto en el tomo tercero de la *Revista* literaria. El martes dos del presente mes de febrero de 1864, á las tres de la tarde, un voraz incendio la ha reducido á escombros. Afortunadamente salvaronse las estatuas de vestir del *Paso de la Mortaja*, de Pedro Roldan, la de la *Pastora*, primero del catolicismo, de Bernardo de Gixon, y una *Santa Ana*, creacion de gran mérito: pero feneció la escultura de *Santa Marina*, obra lindísima de los ardientes cinceles del referido Bernardo de Gixon. El templo puede levantarse de nuevo: pero ¿quién volverá á esculpir la *Santa Marina*? Nadie.

Cuando publique la segunda parte de mis *Recuerdos Sevillanos* le dedicaré uno al espantoso incendio y á las vastas ruinas de esta Iglesia.

ABEN HUC Y XAIRA.

Romance.

¿Qué tienes? Xaira: ¿qué tienes,
Con esa amarilla tez,
Con esos llorosos ojos,
Con ese gemir cruel?
Dímelo, mora hechicera;
Que yo lo quiero saber:
Por si tus hondas fatigas,
Puedo calmar de una vez.
Juntas las gracias vinieron
Tu ebúrnea cuna á mecer,
Aquella te dió lindeza,
Esta graciosa altivez.
Claveles, rosas, jamines
Derramaron por dó quier:
La mas gallarda Sultana
No tuvo tan rico prez.

Eres la hurí, deliciosa,
Del apetecido Osshet,
La gala de la morisma,
De Marchena, el dulce bien.
Lleva tu nombre glorioso,
El ruisenor del vergel,
Desde Tarifa á Almodóvar,
Desde Ayamonte á Jaen.
Sultanes de Berbería
Te rinden cariño fiel:
Los opulentos Califas,
Te lo consagran tambien.
¿Quieres, Xaira, mas honores?
¿Quieres más lauros coger?
No canses á la fortuna,
Con tu perenne desden.
Vuelve, vuelve á la alegría;
Que dá al ánimo placer:
No apures, preciosa Xaira,
El vaso de amarga hiel.
A las sevillanas zambras,
Envuelta en aromas, ven:
Serás en ellas la Reina:
En ellas tendrás dosel.
Almanzores y Boabdiles
Tus esclavos han de ser:
Veránse, entre tus cadenas,
Presos de manos y piés.

¿Qué tienes? Xaira: ¿qué tienes,
Con esa amarilla tez,
Con esos llorosos ojos,
Con ese gemir cruel?

ABU BEKIR É INÉS DE CASTROVERDE.

Romance.

No me aborrezcas, cristiana:
No me aborrezcas, Inés,
Por la sangre caudalosa,
Que derramó el de Belen.
A tu padre y á tu hermano,
De dura muerte salvé:
Cuando cayeron heridos,
En los campos de Vejer.
Ellos mis manos cogieron,
Con ternísimo placer:
Yo henchido de santo gozo,
Llorando los abrazé.
Que eran pedazos, miraba,
De tu corazon, Inés:
Miraba, que eran pedazos
De mi corazon, tambien.

Por incógnitas veredas,
No holladas de humano pié,
Aunque heridos, ya librados,
Te los traje á el Alconchel.
Temores, sustos, peligros,
Nos asaltaron dó quier:
Y más cuando divisamos
Las tropas de Abderrhamen.
No digo esto cristiana,
Porque deudora me éstés:
No quiero, que me agradezcas,
Ni pequeño, ni alto bien.
Para amarte, con delirio,
Nada necesito, Inés:
Te miré ingénua y graciosa:
Constante y fino te amé.
Fatigada está mi alma,
Desde que te vi en Osshet:
Cuando fuí esta primavera
Con los hijos de Alaken.
Nazarena no me odies:
No me aborrezcas, muger,
Por la salvadora sângre,
Que derramó el de Belen.
Tus mejillas, matizada
De vivas tintas se ven,
Como los frescos jardines
Del alcázar cordobés.

Sobre tu cuello, tres rizos
Forman gracioso cairel
Donde el dulce amor sus flechas,
A veces suele esconder.
Tu cintura, gentil mimbre,
Tiene agradable vaiven;
Cual, agitados del aura,
Los pimpollos del vergel.
No me aborrezcas, hermosa:
No me aborrezcas, Inés:
Pues si moro me aborreces:
Cristiano me has de querer.

EL POETA Y LA RICA-HEMBRA,

DE MARCHENA.

———

Salve, salve, rica-hembra,
Que luces rojo cendal
Salpicado de esmeraldas
Y perlas de Panamá.
Y duermes tranquilo sueño,
Sobre lechos de Siam,
Con colgaduras de seda,
Perfumadas de azahar.

En tus jarrones de oro,
Viene el tiempo á deshojar
Las rosas y los claveles,
Que acopias con tanto afan.
A tí tambien algun dia,
Iracundo ha de llegar
Y en olvidado sepulcro
Tus cenizas guardará.
Nada vive: nada dura
Junto á tí, ¡qué adversidad!
Todo pasa: todo muere:
Sin ningun rastro dejar.
Las flores que yo acumulo,
En mi estante de nogal,
Mas poderosas que el tiempo,
No se marchitan jamás.
Yo doy vida: yo doy gloria:
Yo doy fama perenal:
A tí y á tus azafatas
Las pudiera eternizar.
Cuando espire, verde ramo
Mis sienes coronará,
Y los siglos y los siglos
Mis versos aplaudirán.
Tu fausto con mi renombre
Ahora puedes comparar:
Conociendo rica-hembra;
Cual de los dos vale mas.

A LAS TORRES CAIDAS. (1)

ROMANCE.

Quiero cantar vuestras glorias
Y tambien vuestras desdichas:
Pues nada en el mundo existe,
Que no sufra alternativas.
La rueda de la fortuna
Continuamente varía:
Ya dá lauros inmortales,
Ya lacrimosas fatigas.

(1) Están situadas en las afueras de Marchena, en terreno labrado, entre el convento de Padres Capuchinos y el de las Religiosas de San Andrés, collacion de la iglesia parroquial de San Juan Bautista. Sus melancólicos alrededores levantan en la mente humana tristísimos pensamientos.

Cuando yo, desconocido viajero, á las nueve de la mañana del miércoles 21 de abril de 1852, pasé la vez primera por las cercanías de estas *Torres*, reteniendo mi marcha para consultarlas, creí oir claramente los misteriosos lamentos funerales del Génio de las ruinas.

Ayer fuisteis torres altas,
Donde el soldado bullia:
Hoy silenciosos escombros,
Del vil lagarto guarida.
Sobre vuestros fuertes muros
Roma la politeista,
Dirigió á sus grandes dioses
Sacros himnos de alegría.
Trocáronse ya en los cantos
De la humilde golondrina:
O en los susurros del viento
Cuando las flores agita.
Vuestras robustas almenas
Resistieron noche y dia
Los ataques belicosos,
De estrañas hordas inicuas.
Despues servisteis de escudo
A la traidora morisma:
Cuando reinaba en Vandalia
Con duro cetro homicida.
De los siglos la inclemencia,
Que destroza y aniquila
Con lenta mano os convierte,
En montones de cenizas.
Todo pasó: nada sois:
Murieron vuestras albricias:
Hoy al miraros, Marchena,
Exclama: ¡torres caidas!

Pero sus ricos anales,
En páginas esquisitas,
Llevarán vuestras hazañas,
A los más remotos climas.

Algunos hijos ilustres de Marchena, en santidad y en letras.

DOÑA ANA PONCE DE LEON.

Nació en Marchena, en el famoso palacio de la *Mota*, el viernes 3 de mayo de 1527. Fueron sus padres los magníficos Duques de Arcos de la Frontera, D. Rodrigo Ponce de Leon y doña María Giron, hija del Conde de Ureña. Educóla en el Arahal por haber perdido á sus padres á los tres años de edad, su tia la poderosa duquesa doña Mencía, hermana del Duque de Medina Sidonia D. Enrique y muger de D. Pedro Giron, Conde de Ureña. Casó con el

Conde de Feria. Ya viuda, en los últimos dias de junio de 1553, tomó el hábito de religiosa, en el convento de Santa Clara de Montilla, donde falleció, llena de santos merecimientos. El padre Martin de Roa, con su elegante estilo, escribió la vida de esta noble é ilustre heroina cristiana.

LA MADRE CAZORLA.

Nació en Marchena, de noble linaje. Tomó el hábito de religiosa en el convento de Santa Maria de su pátria: donde floreció en todo género de virtudes. Llorada de sus hermanas las Vírgenes del Señor y de todos sus paisanos, murió á mediados del segundo tercio del presente siglo; dejando una santa dulcísima memoria.

El Rmo. Padre Maestro
FRAY FRANCISCO ALVARADO,
DEL ÓRDEN DE PREDICADORES.

Nació en Marchena el dia 25 de abril de 1756, en la collacion de la parroquia de San Sebasti n, y allí fué bautizado. Profesó en el convento de San Pablo de Sevilla, donde estudió filosofía. Enseñó teología en el colegio de Santo Tomás de la misma ciudad. Durante la bárbara infausta dominacion napoleónica, cuando las córtes generales, reunidas en la plaza de Cádiz, comenzaron con sus decretos á trastornar las mismas cosas que los siglos habian aplaudido, este docto sacerdote escribió un libro intitulado: *Cartas críticas, ó sea el Filósofo Rancio.* El tiempo ha venido á probar hasta la evidencia, varias de las grandes verdades que el Padre Alvarado decia en su obra. Pasó muchas amarguras por las contrariedades y persecuciones de sus enemigos. Humilde y lleno de méritos falleció en 1814, en el Real convento de San Pablo de Sevilla, hoy parro-

quia de Santa María Magdalena, pasando de esta vida á la eterna, llorado de todos los amigos del trono y del altar.

EL PADRE MAESTRO GIMENEZ,

RELIGIOSO DE SANTO DOMINGO.

Nació en Marchena, en la calle de Orgáz, collacion de San Sebastian, donde fué bautizado. Predicó sermones elocuentísimos en la capilla del Palacio Real de Madrid, con grande aplauso del Señor D. Fernando VII y de todos los más sabios personajes de la Córte. Murió en su convento de Marchena, donde fué sepultado. La buena memoria de este insigne Religioso no morirá jamás en las crónicas de su órden, ni de su pátria.

VARONES SABIOS
que han vivido en Marchena.

Natural de la villa de Osuna, médico celebérrimo, autor de un «Tratado de calenturas.» Estudió en la Universidad Literaria de

su pátria, entonces la Escuela de Medicina más sábia de España. Estuvo muchos años ejerciendo en Marchena su noble profesion. Cuéntanse de él asombrosas curaciones. Su estendido crédito lo llevó, muchas veces, en apelacion, á Sevilla, Córdoba, Granada, Cádiz, Madrid y otras varias ciudades. Tenia lo que vulgarmente se llama *ojo médico*, casi infalible. Murió, bastante anciano, en su pátria, sentido de todos los amigos de la humanidad doliente.

DON JOSÉ GÚZEME,

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS.

Escribió un tratado de *Numismática*, que ha visto la luz pública y muchos artículos arqueológicos. Este insigne anticuario era muy aficionado á la literatura antigua, principalmente á la del Lacio.

EL DOCTOR
D. ANTONIO GARCIA Y GARCIA,
Catedráuico de Filosofia de la Universidad Literaria de Osuna.

Nació en dicha villa, famoso médico, inclinadísimo á las curaciones hidroterápicas, que ensayaba con sumo provecho de sus enfermos. Fué diputado á Córtes, por Osuna, en las legislaturas de 1821 á 1823. Huyendo en 1824 de las enconadas persecuciones políticas, que en nuestros amargos dias tanta sangre y lágrimas han derramado, vino á la generosa Marchena, donde encontró segura pacífica hospitalidad, para él y toda su familia. Murió en 1844, en la calle de Santa Clara, collacion de la parroquia de San Sebastian. Está sepultado en el cementerio público de San Roque. Dejó preciosos manuscritos, sobre varios ramos del saber humano, los cuales todavía permanecen inéditos.

EL DOCTOR
D. ANTONIO M. GARCIA BLANCO.

Natural de Osuna, Pro., hijo del anterior, sábio hebreista, catedrático de este idioma en la Universidad Literaria de Sevilla, y despues en la de Madrid, autor de varios doctísimos trabajos, entre ellos un *Análisis filosófico de la escritura y lengua hebrea*, en tres tomos. Ha publicado tambien algunos selectos artículos en acreditados periódicos. Entre sus obras inéditas sobresale una clásica version al castellano de los sentidísimos conmovedores salmos del rey David. El sábio Garcia Blanco ha restaurado en España los buenos estudios de la literatura hebraica. ¡Tiene muchos discípulos, que lo honran. Yo quisiera no dejar á ninguno en el olvido: pero siéndome imposible, solamente me contentaré con nombrar al Señor Don Severo Catalina, profesor de la Universidad Central, y diputado á Córtes, que segun

se anuncia, vá á dar á luz en Madrid una *gramática* del habla santa, y al caballero D. José Maria Torrejon, catedrático de hebreo de la Universidad Literaria de Sevilla.

FIN.

ERRATAS PRINCIPALES.

Página 26, linea 5 y 6, léase:

Airoso manto lo cubre
De la pura nieve envidia

Página 28, línea 9, Al, léase: A.
Página 57, línea 1, dolorido, léase: colorido.

NUESTRA SEÑORA

DE FUENTES CLARAS,

POR

DON ANTONIO GOMEZ AZEVES.

Individuo de Número de la Real Academia
Sevillana de Buenas Letras.

SEVILLA.

Est. tip. de La Andalucia, Monsalves 29 y Catalanes 4, esquina á la de Tetuan.

1864.

A la buena memoria de mi hermano el Señor Don José Maria Gomez y Azéves, dignísimo Magistrado de la Audiencia de Canarias, benemérito de la pátria en grado heróico y eminente, condecorado con dos cruces de distincion.

En testimonio de fraternal cariño.

Antonio Gomez Azéves.

I.

No léjos de Aználcollar, á cinco leguas de Sevilla, en una estensa campiña, cortada por algunos repechos, vense cuatro viejas paredes, malamente techadas, las cuales fueron en otro tiempo la célebre ermita de *Nuestra Señora de Fuentes Claras*, cuya piadosa fundacion se pierde en la oscura noche de los siglos. Sus

---

NOTAS. En mis *Recuerdos de Marchena*.
Página 26, linea 5 y 6, léase:

Airoso manto lo cubre
Desde el cuello á las rodillas.

Página 75, despnes de Varones sábios que han vivido en Marchena, léase: *Don Juan Garcia Carnero*.

alrededores solitarios respiran esa poesía católica, ese entusiasmo religioso, ese arrebato místico, de que carecen los edificios mundanos. Antiguamente los vecinos de Aználcollar hacian á la Vírgen de *Fuentes Claras*, brillantísimas funciones, para darle gracias por la salud de sus familias, la abundancia de sus cosechas y el aumento de sus ganados, habiendo concurridas veladas de las gentes devotas que iban de Gerena, Salteras, Olivares, Albaida, Castilleja del Campo, Escacena y otros varios pueblos de la redonda.

Eran las diez de la noche del dia 24 de Diciembre de 1793. Los misteriosos tañidos de la campana de *Fuentes Claras*, derramándose por aquellas silenciosas comarcas, llamaba á la Misa del Gallo. La luna, en su más limpia pureza, mostrando al mundo las glorias de Maria, iba pronto á alumbrar los humildes techos del Santuario. En medio de aquella lobreguez, se percibian á lo léjos las hogueras de los ganaderos, oyéndose los alegres sencillos ecos de sus guitarras, ó los tristes cantos de las cornejas, puestas en los árboles de la cercana sierra. El viento azotaba los muros y los álamos de la ermita. Una opaca luz, como medrosa, salia por sus puertas. El sonido de las campanas de Aználcollar y las del monasterio

basilio, de Nuestra Señora del Retamar, conocido por el *Tardon*, venian á enriquecer, en estremo aquel austero y religiosísimo paisaje

A las diez y cuarto, un coche alumbrado por dos grandes faroles de reverbero y las pisadas de caballos sintiéronse en las proximidades de la ermita. Un jóven, airoso ginete, adelantándose, dijo señalando con su fusta á la capilla.

—¡Gracias á Dios, señores: ya dimos con ella: ya está aquí. ¡Qué oscuridad!

—No puede ser mayor.

Contestó desde el carruaje una voz de mujer.

—Yo creia no encontrar ya á *Fuentes Claras* y tener que volvernos á Sevilla.

Repuso con tranquilas palabras el otro de los ginetes.

—Cuando se busca á María, siempre se encuentra.

Dijo con tono grave un anciano Sacerdote, que iba dentro del coche.

En esto pararon á las puertas de la ermita. El viejo santero, con un farolillo encendido, salió á recibirlos. Despues de darles una cariñosa bien venida, dirigiéndose al Sacerdote, le dijo:

—Padre Bruno: todo está ya preparado. Solamente me falta acabar el toque de la campana para que acudan los pastores vecinos, los cuales cantando coplitas y tañendo los caramillos y las zampoñas alabarán al recien nacido, Niño Dios. ¡Vaya, Padre Bruno, esta capilla va á ser esta noche una nueva Belen!

Las candorosas palabras del santero gustataron mucho á todos los oyentes.

Desmontados del coche y de los caballos entraron con séria compostura en la ermita. Puestos de rodillas delante del tabernáculo de *Nuestra Señora de Fuentes Claras*, cantaron en coro la *Salve*. La dama y los dos jóvenes, mirando atenta y devotamente á la Consoladora de los afligidos, derramaban gruesas lágrimas. ¡Desventurados traia en aquellos momentos, á la memoria, su gallardo santuario de *Nuestra Señora de Fuentes Claras*, erigido á expensas de sus ricos ilustres abuelos, en un pintoresco valle de la Bretaña, arrancado de cimientos por las feroces sacrílegas manos de la revolucion!

Los pastores, poco á poco, por sendas diferentes, fueron llegando á las puertas de la capilla. Puestos allí en corrillos, comenzaban á tocar y á bailar, cantando estas coplas:

Esta noche, es noche buena:
y no es noche de dormir:
que está la Virgen de parto
y á las doce ha de parir.
En Belen tocan á fuego:
del portal salen las llamas:
porque dicen, que ha nacido
el Redentor de las almas.
Los pastores no son hombres:
que son ángeles del cielo:
en el parto de Maria,
ellos fueron los primeros.

La noble familia bretona, emigrada, y el respetable Religioso franciscano, salvado milagrosamente de las feroces matanzas de Paris, oyendo aquellos sencillos deliciosos cantares, salen diligentes á recibir á los ganaderos, que venian á adorar al Rey de los Reyes. Acompañados de estos felices habitadores de los desiertos, vuelven á entrar en la ermita. Entonces fué cuando tuvieron lugar, dentro de ella, las mas tiernas escenas. Parabienes, abrazos, lágrimas y suspiros mezcláronse; para formar

NOTA. Las páginas 246, 247 y 248, son las 6, 7 y 8.

la amorosa confraternidad de Jesucristo, la santa unidad de Maria, el compasivo comunismo católico. Allí, las ásperas manos de los humildes pastores del Campo de Texada, apretáronse, afablemente, con las delicadas de los poderosos Señores de los Castillos de Bretaña: alianza dulcísima, que, solo el Evangelio puede ejecutar.

Vueltos á hincarse de rodillas, el Religioso, comenzó á rezar con sus paisanos, las letanías, que concluyeron al poco tiempo,

La hora iba acercándose. El Religioso entrando en la pequeña sacristía, revistióse de los santos ropajes. La ilustre viuda, entre sus dos gallardos hijos, arrodillase humildemente. El Sacerdote sale: la misa comienza: los pastores cantan: el aire murmura: la tierra salta de gozo: el cielo rie: el infierno llora. ¡Bendito sea, exclaman todos juntos, el que viene en nombre del Señor!

Concluida la misa, que habia sido amenizada, con las jubilosas canciones de los pastores, el celebrante, sentado en un escaño, hizo en claro español una bellísima reseña de los altos alegres misterios de aquella noche feliz, en que nació el Salvador del mundo; para traer á los hombres la santa paz. En varios lugares de su elocuente discurso, recordó

con mucho patético entusiasmo, los crueles martirios de Luis XVI, los bárbaros suplicios de su augusta real familia y la negra ingratitud del pueblo francés, que levantó un cadalso para el mejor de sus reyes.

El padre Bruno, en su plática eruditísima, mostró á las claras, que era digno paisano de los grandes predicadores franceses. Todos los presentes, besándole la mano, recibieron á su vez la bendicion y el abrazo de Jesucristo.

Durante la tierna arenga. madama Isabel y sus dos hijos, hincados de rodillas, con las cabezas bajas, permanecieron como estátuas: los sencillos pastores, horrorizados con las fierezas de la revolucion, lloraban como niños, y el santero daba grandes suspiros.

De allí pasaron todos á la pequeña sacristia, para cenar. El santero, sobre unos viejos bancos, habia diestramente, de las abundantes ricas provisiones, que venian en el coche, improvisado la mesa.

No faltaba en ella nada de lo necesario y esquisito. Panes blanquísimos, gustosos peces, vinos generosos y dulces agradables fueron servidos. La galantería francesa lució toda su finura. La Señora, sus hijos y el padre Bruno, esmeráronse á porfía, en obsequiar á sus convidados. Allí no hubo clases ni condiciones,

sino buenos católicos. Allí no se miró al rico ni al pobre, al grande ni al pequeño: sino únicamente á la desnuda criatura, salvada por Jesús en el Calvario, donde todos los hombres, sin distincion alguna, recibieron la redencion.

Vueltos á la capilla, dieron gracias á la *Vírgen de Fuentes Claras*. Los pastores cantaron en coro con mucho esmero y gusto, estas dos estrofillas, que uno de ellos habia compuesto, durante la larga cena.

Librad, ¡oh Vírgen! á Francia,
De la vil guillotina:
Volved pronto á Bretaña,
A esta ilustre familia.
Cesen ya los horrcres:
Tornen tranquilos dias:
Y aclame el mundo entero,
Vuestra bondad divina.

Ya la aurora, en su lecho de rosas, iba asomando por Oriente. Las avecillas cantaban al Dios de las florestas. El balido de los rebaños, que pacian en la vecina sierra, mezclado con el susurro de los vientos, estrellándose contra los muros de la ermita, venian á realzar más y más aquel interesantísimo paisaje. Madama Isabel, sus dos hijos y el padre Bruno fueron

despidiéndose de todos, con la natural cortesia que tanto cautiva los corazones.

Puestos en camino, por Albaida, donde vieron de paso la *Torre de D. Fadrique* y los vestigios de *Lelia*, vinieron á Olivares, con la intencion de visitar su insigne colegial, y ver en ella el humilde sepulcro del discípulo de Ticiano, el licenciado Juan de las Roelas, de cuyo famoso autor, tenia Madama Isabel, algunas esceletes creaciones. El padre Bruno, que en sus primeros años habia hábilmente manejado los pinceles, era un amante eruditisimo de las grandes obras del arte. Los hijos de madama Isabel lo conocian á fondo. De manera que allí veiase una pequeña falange de doctísimos aficionados.

Por la puerta de la plaza, que es la del Evangelio, entraron en la Iglesia. El abad y dos de los canónigos, al ver aquellos estrangeros, cuyos aires indicaban su alto origen, vinieron á ofrecerse á ellos con estremada finvra. Madama I abel, sus dos hijos y el padre Bruno los recibieron con la más blanda cortesanía. El abad les enseñó con mucha minuciosidad, los valientes cuadros de Roelas, y su pobre sepultura á la entrada del coro, el rotrato del Pontífice Urbano VIII, atribuido á Ticiano, el *Niño Dios* de Juan Martinez Mon-

tañés, el riquisimo *Relicario* y otras varias cosas dignas de verse. Muy contentos salieron todos de la coleglal, á cuyas puertas fueron cariñosamente despedidos por el ilustre abad y los dos señeres canónigos.

A las tres horas de viage ya estaban en Sevilla.

II.

El dia 18 de Noviembre de 1823, dos caballeros franceses, de la comitiva de S. A. R. Luis Antonio de Borbon, duque de Angulema, montados en hermosos alazanes, seguidos de un page, vadeaban, con el agua á las cinchas, al romper el alba, el rio Guadiamar ó de Sanlúcar la Mayor, camino de Sevilla á la ermita de *Fuentes Claras*, término de la villa de Aználcollar. Su taciturnidad y sus melancólicas semblantes demostraban la amargura de sus

corazones. No parecia sino que en aquellos momentos iban cruzando por sus tristes abatidas frentes algunas llorosas punzantes memorias.

Cuando clareó, señalando el más jóven con su mano un poco á la derecha, dijo:

—Felipe: ya está alli Aználcollar: ¡mirala, mirala!

—Si, Adolfo, ya la veo. Pero ¡ojalá que como ahora treinta años, vinieron con nosotros a esta romeria los que descansan en los frios frios sepulcros de Bretaña, el padre Bruno y nuestra buena madre...

Al llegar aquí los llantos y los sollozos ahogaron su garganta.

—No llores, Feiipe, no llores, hermano mio: que si yacen sus cuerpos en los panteones de nuestros castillos de Bretaña, sus almas viven en la gloria, desde la cual nos bendicen.

Bien pronto vieron á lo léjos la ermita de *Fuentes Claras*. Un agudo ¡ay! salió repentinamente de los angustiados pechos de aquellos afligidisimos varones.

—Solamente, dijo Adolfo á su hermano Felipe, por volver á visitar este santuario: para cumplir la última voluntad de nuestra madre, hemos desde nuestros castillos de Bre-

taña venido á España en la brillante comitiva de Monseñor el duque de Angulema. Ya estamos á su vista. Ahora valor, hermano mio, para sufrir las agonías de punzadores recuerdos.

Llegan á la ermita. Paran á sus puertas. Estaban cerradas. Clavan sus ojos en sus desconchadas paredes y en sus techos desvaratados. Echan de menos la campana y la torrecilla. Dan varias vueltas alrededor de la capilla. No ven á nadie. No sienten ningun ruido. El silencio y la soledad cubrian, con su negro manto aquellos medrosos lugares. Solamente un viejo buho aleteaba, como para querer arrancar el vuelo, en los estremos del tejado. Aquel rey de la muerte habia asentado allí, de mucho tiempo atrás, su lúgubre y lacrimoso trono.

—Adolfo: ¿y la *Vírgen Santísima de Fuentes Claras*?

Esclamó Felipe, casi gritando.

—Allí dentro está. No hace cuatro años que la trajeron de la parroquia de Aználcollar á donde la llevaron el mismo dia que las tropas napoleónicas del rey José I, quisieron quemar la ermita.

Contestó un anciano pastor, que sin haber

sido visto, estaba echado sobre su peluda zamarra, á los piés de un alto monton de leña.

Sorprendidos los dos hermanos y el page, con aquel tan repentino é inesperado razonamiento, dirigieron sus caballos hácia el monton de leña.

Entonces el viejo pastor levantándose, con el sombrero en la mano, les habló asi:

—Buenos dias, Señores: yo he sido quien os he contestado. Si en algo puedo serviros ó valeros, aquí me teneis á vuestra disposicion. Habitador, desde muchacho de las soledades, he socorrido en muchas ocasiones á los caminantes: pues la creo una de las mayores obras de misericordia.

Bastante gustaron á los dos hermanos las razones del pastor, las cuales probaban su hombría de bien y sus buenas luces. Adolfo, picado de curiosidad, desmontándose de su caballo, como tambien Felipe y el paje, entabló con él este diálogo:

—¿Quién eres?

—Ya lo estais viendo: un pobre pastor del campo de Texada.

Mostrándole humildemente su zamarra y su chibata.

—¿Cómo te llamas?

—Pedro Vilumara.

—¿Dónde naciste?

—En aquel pueblecito.

Señalando con la maza de su garrote á Aználcollar.

—¿Qué guardas?

—Esa piara de ovejas.

—Tambien fué tu padre pastor?

—Sí, Señor: despues de servir al Rey de España en la valiente guerra de Italia, bajo las órdenes del duque de Montemar y del marqués de la Mina, vino á esta tierra, donde estuvo de pastor todo el resto de su larga vida. ¡Cuánto me entretenia en mi niñez, contándome sus largas campañas! ¡Qué relacion tan clara y minuciosa me hacia de las famosas batallas en una de las que de un lanzazo quedó manco del brazo derecho!

—¿Y tú, has servido al Rey?

—No, Señor: jamás he salido de estas comarcas: ni he oido más misas que en mi pueblo, en el monasterio basilio del *Tardon*, y en esta capilla de *Fuentes Claras*. ¡Dichoso una y mil veces, él, que la campana de su lugar le abre la vida y le cierra el sepulcro! Vuestros aires de extrangeros, me hacen recordar en este mismo instante, una *Noche Buena*, que cuando yo era mozo oi en esa ermita la Misa del Gallo, con unos caballeros franceses emi-

grados, por cierto muy buenos cristianos, que venian de Sevilla, con su madre y un Religioso franciscano, llamado el Padre Bruno. Todavía recuerdo las dos coplitas, que durante la cena, les compuse. ¡Cuánto me alegrara saber de ellos!

—Te alegrarias mucho?

—Sí, mucho, Señor, muchísimo. Algunas veces, pasando con mi muger y mis dos hijos por este sitio, en que ahora estamos, les he referido, bañado en lágrimas, los sucesos y las ocurrencias de aquella noche inolvidable: la cena, el sermon del Padre Bruno, la finura de madama Isabel y de sus dos hijos, la ingenuidad y sencilez del santero, las canciones pastoriles y otras muchas cosas. Pero creo, Señor, que ya se habrán muerto: singularmente madama Isabel y el Padre Bruno. Por lo que hace á los de aquí, todos han fallecido, ménos yo, que gracias al cielo, sin embargo de mis ochenta años, aunque seco y con arrugas en la cara, me rebosa la salud y la fortaleza.

—¿Querrias volver á verlos?

—¡Ay, Señor: con todas las veras de mi alma.

—Pues ya los está viendo. Aquí estamos, Nosotros somos.

Contestaron á una voz Adolfo y Felipe, lle

vándose sus manos al pecho, y derramando lágrimas, mientras que el page les tomaba las riendas de sus caballos.

—¿Vosotros?

Preguntó, con estraño asombro, el pastor: mirándolos de arriba á abajo.

—¡Sí: nosotros!

—Ya veo, caballeros: ahora conozco claramente que el tiempo iguala á todas las criaturas, pues la misma mella ha hecho en los ricos é ilustres Señores de los castillos de Bretaña, que en el pobre y oscuro pastor del campo de Texada.

Un largo, significativo y profundo silencio siguió á estas palabras, al cabo del cual, Felipe, mirando al pastor, le preguntó:

—¿Dónde está la llave de la capilla?

—La tiene una familia, que vive ahora en ella. Ha ido por agua á la *Fuente de Barbacena*. Ya no puede tardar, pues hace mucho tiempo que salió. Allí viene, allí viene el matrimonio con la niña.

Señalando con su mano hácia el camino del cortijo de Barbacena.

Una hermosa burra, con ligeros pasos, traia cuatro cántaros de agua en unas anchas angarillas, sobre las cuales venia sentada una graciosa niña.

Su madre, para que no se cayera, le lleva-ba puesta la mano derecha en las espaldas, mientras que su padre, al otro lado, le hacia tiernas caricias, besándola á menudo. La inocente criaturita, mirándolos con ternura, les tomaba la cara, los saludaba con la cabeza, en medio de largas risotadas: como dándoles á conocer un vehemente cariño. A esta manera las flores abren sus tempranos capullos á los dulces vaivenes de las embalsamadas auras de los campos. La limpieza de las ropas de la niña y del matrimonio indicaban los grandes desvelos y el esquisito aseo de la muger. Para tan ejemplares esposos, el mundo estaba reducido á su niña, á ellos y á aquellas cuatro paredes de la antigua despedazada ermita de *Fuentes Claras*. Las negras nubes de la envidia ó de la ambicion jamás habian oscurecido ni encapotado el claro cielo de sus hermosos corazones.

Cuando venian cerca de la ermita, adelantándose hácia ellos Pedro Vilumara, le dijo al marido:

—Nazario: estos caballeros quieren ver la capilla.

—¡Con mucho gusto!

Contestó Nazario Peñafiel, dándole la llave

que venia enganchada en una alcayata de las angarillas.

—En ella, continuó, tienen esos Señores una blanda y limpia cama, donde si gustan, pueden descansar á pierna suelta. En los caminos, Vilumara, es donde comunmente los ricos necesitan más de los pobres. Si no mira los muchos servicios que recibió de los menesterosos: mira los grandes favores que admitió de ellos Jesucristo, el rico de los ricos.

El pastor Pedro Vilumara abrió las puertas del antiguo santuario, diciéndoles:

—Caballeros, cuando querais, podeis entrar.

Con el corazon partido de dolor entraron los caballeros franceses en la ermita. Arrodillados á los piés de la Señora estuvieron en larga oracion. Lágrimas y hondos suspiros brotaron sus ojos y sus lábios. Allí estaban todavía el misal, los humildes escaños donde se sentaron su madre y el Padre Bruno y los viejos bancos sobre los que cenaron: pero la campana habia callado sus toques clamorosos, faltaba el santero y no se oian las canciones de los pastores.

El paje, desamarrando de la grupa de su caballo, unas grandes alforjas de paño verde, con abrazaderas de ante, las entró en la er-

mita. En ellas venian gustosos panes, ricos fiambres, dulces escogidos y vinos delicados.

Puesta la mesa por el page, los dos hermanos, Felipe y Adolfo, dijeron á todos:

—Ea, Señores: fuera de ceremonias: fuera de cumplimientos: á almorzar: la mesa nos está esperando. Aquí no estamos, sino buenos y afectuosos amigos.

El desayuno estuvo animadísimo. La amabilidad de los caballeros franceses, rindió á Nazario, á su esposa, á la niña y al pastor infinitas dulcísimas atenciones. Cada uno de los concurrentes refirió un ligero cuentecillo. Cuando llegó su vez á Pedro Vilumara, habló de esta manera: . . . . . .

—Señores: ahora algunos siglos vivia en Aználcollar un mulato nombrado Amaro Gallego, el cual tenia la vara de alguacil del Ayuntamiento. Su condicion abatida, su humilde oficio y su estremada pobreza le atraian el desprecio de todos sus vecinos. Amaro Gallego habia sido desde niño persona de buena vida, sufriendo con valerosa resignacion las diarias befas de sus conterráneos.

A principios de una triste primavera desarroyóse, en Aználcollar, el exterminador contagio, llamado peste, de una manera tan cruel y horrible, que todos sus habitantes fueron in-

vadidos Entonces el buen Amaro Gallego, desterrando de su memoria tantos y tantos ultrajes como le habian hecho sus paisanos, dedicóse noche y dia al cuidado y auxilio de los enfermos, desplegando á la cabecera de sus camas una caridad heróica, ardiente y cristíanísima. La horrorosa epidemia subia de punto. La muerte á nadie perdonaba. Las casas iban unas tras de otras, quedándose vacías. Cadáveres, ropas, colchones, sillas, mesas y otros muebles llenaban las plazas y las calles de Aználcollar. Amaro Gallego, con un grueso rosario al cuello y un Crucifijo en la mano andaba de aquí á allí, dándoles el último consuelo á los agonizantes. De este modo pagaba los bárbaros insultos que habia recibido de ellos. Nadie quedó vivo. Todos entregaron su alma á Dios. Amaro Gallego, el único que milagrosamente se salvó de aquel terrible naufragio, fué heredero universal de los mismos, que tanto lo habian ofendido y despreciado. El Rey para premiarle sus grandes benéficos servicios lo hizo noble, dándole todos los privilegios de caballero hijo-dalgo, notorio de sangre y solar conocido.

Cuando poblada de nuevo la villa de Aználcollar, siendo su alcalde, llegaba á lss puertas de alguna casa y le decian:

—Siéntese, vuestra merced, D. Amaro.

Sonriéndose solia contestar:

—¡*Siéntate Don Dinero*!

Esta contestacion daba bien á conocer, señores, que Amaro Gallego entendia los achaques y las miserias del mundo, el cual se burla de los pobres, los ensalza si se hacen ricos y vuelve á despreciarlos si la fortuna los abandona.

Mucho gustó á todos los oyentes la breve curiosa relacion de Pedro Vilumara.

Concluido el almuerzo, acompañados de Nazario Peñafiel fueron los caballeros franceses á la parroquia de Aználcollar, donde puestos de rodillas, ante el Altar Mayor, estuvieron orando un larguísimo rato.

Cuando salieron de la iglesia, mirando Adolfo con ojos llorosos á su hermano Felipe y dándole un abrazo muy apretado, esclamó:

—¡Gracias á Dios, Felipe! que hemos obe-

NOTAS. Página 12, donde dice Librad ¡oh Vírgen! á Francia, léase Librad á Francia ¡oh Vírgen.

Página 16, donde dice allí dentro está, léase ahí dentro está.

El Sr. D. José María Gomez y Azéves, nació en Sevilla, el dia 28 de enero de 1803, en la calle de las Aguilas, numero 16 moderno, collacion de la iglesia parroquial de San Ildefonso. Fué hijo de los Sres. don Juan Lorenzo Gomez del Robredo y doña Maria de la Luz de Azéves, su legítima mujer. Murió en Sevilla el dia 24 de enero de 1853, en la calle de Trajano número 20 moderno, parroquia de San Miguel. Está sepultado en el cementerio público de San Fernando.

decido la tierna y vehemente súplica que nuestra moribunda madre nos hizo pocos momentos antes de fallecer, de que viniéramos otra vez á visitar á la milagrosa *Señora de Fuentes Claras*. Ya como buenos hijos lo hemos hecho. ¡Mal hallan los que olvidan los consejos ó los mandatos de sus padres espirantes!

Vueltos á la capilla de *Fuentes Claras*, despues de haberles dejado á todos y singularmente á la graciosa niña grandes regalos en metálico, se despidieron con la mayor finura y atencion.

Por la misma ruta que habian llevado volvieron los caballeros franceses á Sevilla, en la que entraron con toda felicidad, poco despues de puesto el sol. A los cuatro dias, obtenido el permito de S. A. R. Monseñor el duque de Angulema, tomaron el camino para Bretaña, de la que no volvieron á salir jamás.

Hace pocos años, que por estar arruinada la ermita, la fervorosa devocion de los vecinos de Aznalcollar ha llevado á la *Virgen de Fuentes Claras* á su iglésia parroquial, donde recibe su antiguo culto. ¡Quiera el cielo, que reparado el santuario, vuelva á empuñar en él su cayado de Pastora amorosisima, para bien y ventura de los habitantes de Aznalcollar y de los pueblos arcanos!

FIN.

ALVARO DE NOLI,

POR

DON ANTONIO GOMEZ AZEVES.

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACAEEMIA
SEVILLANA DE BUENAS LETRAS.

SEVILLA.

Est. tip. de LA ANDALUCIA, Monsalves 29 y Catalanes 4, esquina á la de Tetuan.
1864.

AL SR. D. JULIAN ORTEGA Y SANCHEZ.

En prueba de antigua amistad.

Su condiscípulo.

Antonio Gomez Azéves.

I.

En el año de 1590 vivia en Sevilla, collacion de la parroquia de San Ildefonso, un anciano piadoso, llamado Alvaro de Noli. Aun conservaba algunos rastros de la hermosura de sus primeros años. Su talento despejado, y su vasta erudicion lo hacian amable á todas las personas que lo trataban. La historia, las antigüedades, las literaturas griega, latina, alemana, inglesa, francesa y española les eran familiares, hablando de todas estas materias con la mayor profundidad y el más esquisito gusto. Los escritores sevillanos de aquella sá-

bia época eran sus amigos. Algunos de ellos pedíanle sus censuras y sus consejos. Todos á porfía deseaban arrancarle los secretos de su corazon; pero él cauto y taciturno jamás habia despuntado sus lábios en este asunto.

Un dia estando en su casa de visita varios literatos, Cristóbal Mosquera de Figueroa, leyó su *Eliocriso enamorado*, poema que acababa de componer en una temporadaque habia vivido en el campo.

Todos, entre los que figuraban Miguel de Cervantes Saavedra y Fernando de Herrera, aplaudieron aquel trabajo por la armonia de los versos, las lumbres de la imaginacion y los tipos de los personajes.

—Señores, dijo entonces Alvaro de Noli: La lectura de ese bellísimo poema ha despertado en mi alma tristes recuerdos y las heladas cenizas, que yacian en el fondo de mi corazon hanse incendiado, como un volcan para salir fuera de su cráter. Yo debiera callar; pero no quiero morir, llevando conmigo al sepulcro mis secretos. No os pido benevolencia, pídoos perdon. Un enfermo y oscuro anciano, que está tocando las últimas orillas del rio de la vida y que vese como forzado á levantar el velo de su historia, ante unos varones tan famosos, ante unos poetas tan aventajados, bien

merece, que lo perdoneis, y que gimais con él sus infortunios.

En los primeros años del siglo pasado, una broma amorosa, la cual produjo un homicidio, en el que se encontró mi bisabuelo, le hizo abandonar la córte de Nápoles, su pátria. Soltsro y jóven todavía, huyendo de las persecuciones de la Justicia, vino á refugiarse á la generosa España, estableciéndose en una de las mas grandes villas del antiguo reino de Aragon.

A los dos años de vivir mi bisabuelo en la pátria del *Gran Justicia,* contrajo matrimonio con una noble y acaudalada Señora aragonesa, de la que no tuvo mas hijos que á mi abuelo; porque siguiendo en sus malos pasos y con sus calaveradas abandonóla, yéndose al Indostan, donde murió, siendo Mandarin de uno de sus poderosos reyes.

Mancebo todavía casóse mi abuelo con una riquisima señora toledana, de cuyo matrimonio no tuvo más hijos que á mi padre. Su buena conducta y su acertada direccion acrecentóle el caudal de tal manera, que vino á ser con el tiempo uno de los hombres más poderosos de ambas Castillas.

Mi padre recibió de los suyos una católica y esmerada edueacion. Estudió en Salamanca,

entonces como ahora el emporio de las ciencias: viajó por Europa, Asia y América: visitó á Jerusalem y atravsó, lleno de ardoroso entusiasmo, las soledades de la antigua Grecia. De regreso de sus largos viajes, conoció en Roma á mi madre, rica bilbaina, la cual habia ido con la suya, á aquella Ciudad Eterna, para cumplir una promesa, hecha á una Virgen milagrosísima, que se venera en la antigua y hermosa Basílica de San Juan de Letran.

Vueltos á España, desposáronse en Madrid, en cuya córte se avecindaron. Mi abuela murió á los cuatro años y mis padres fuéronse á vivir á un pueblecito muy pintoresco de Aragon, donde tenian ricas heredades. En él me dió mi madre á luz el dia 12 de abril de 1504, el mismo año que fallecio Isabel I, la valiente Conquistadora de Granada, en medio de los vivas, las canciones y los bailes de aquellos sencillos labriegos, los cuales venian con palomas y canastillos de flores á adornar la pila del bautismo. Al otro dia lo recibi con repiques de campañas, cantos de los sacerdotes y músicas de los aldeanos.

El nacimiento del hijo de un rico en una poblacion pequeña es una ocurrencia, que lleva tras sí la curiosidad y las conversaciones de todos sus moradores.

El señor de Noli ha tenido un hijo. Dios se lo conserve y lo haga un santo.

Esta era la alegre noticia que corria de boca en boca por todas las plazas y las calles de aquel pintoresco pueblecillo.

Como hijo único, tuve la más delicada educacion. Mis padres cuidaron mucho de que mis maestros fueran los más aventajados tanto en los principios religiosos y morales, como en la ciencias.

En la primavera ibamos á una lindísima quinta, propia de mis padres, situada en la alegre pendiente de una sierra, donde la naturaleza y el arte ostentaban, á porfía, todos sus más esquisitos encantos. Allí, niño de ocho años, comenzé yo á sentir el peso y la amargura de la vida humana. Sentado muchas tardes á orillas de un arroyo inmediato á la quinta, bajo la sombra de una adelfa solitaria, lloraba, sin saber por qué; sintiendo dentro de mi corazon una rara é incalificable melancolía. Otras tardes jugaba entre la espesura de aquellas olorosas selvas con los hijos de los aldeanos vecinos.

Cuando nos retirábamos, siempre traia yo á mi madre un ramo de flores silvestres, para embellecer un retablo de *Nuestra Señora del Pilar*, que teniamos en la quinta, de la que mis

padres eran muy devotos. Llena de viva fé solia decirle á la Señora, al depositarlas en dos primorosos jarrones de plata.

—«Vírgen Santísima del Pilar, recibid benévola esta humilde ofrenda de mi inocente Alvaro: para que lo salveis de las asechanzas del mundo y de las arterias de los hombres.»

Al llegar aquí, mirando á todos los circunstantes, las lágrimas repentinamente bañaron las pálidas y arrugadas mejillas de aquel respetable anciano, y calló. Entonces Fernando de Herrera con su acostumbrada elocuencia y brioso tono le dijo:

—Proseguid, Señor, proseguid. ¿Quién no ha tenido madre? La mia tambien me llevaba á mí á depositar ramilletes de rosas y de azucenas sobre los altares de la Vírgen de la Iniesta, patrona de Sevilla, que se venera en la parroquia de San Julian: para suplicarle me librara de los males del mundo. Este recuerdo, lejos de mortificarme, ni de afligirme, me llena de soberano orgullo y de placentera alegría. Las memorias de nuestros padres no deben ser clavos, que taladren nuestros corazones, sino mirtos que coronen nuestras frentes.

Perdonad, sabios escritores, perdonad este ligero y dulce desahogo, de un desventurado

varon que se mira junto á los umbrales del sepulcro, solo, solo sobre la tierra.

No habia yo cumplido diez y siete años, cuando mis padres uno tras otro murieron en aquella deliciosa poblacion, en medio de mis copiosos llantos y del desconsuelo de todos sus vecinos. Los tañidos de la campana mortuoria publicaron este fatal suceso. La tierra abrió su duro seno para sepultarlos Yo quedé huérfano, cuando más falta me hacian. Su pérdida me dejó sin abrigo alguno, como la palmera del desierto espuesta á la furia de los huracanes. Indeciso pasé algunas semanas, sin saber el partido que debia tomar: al fin me decidí por los viajes.

II.

Habiendo, pues, dejado un contador en Aragon y otro en Vizcaya, puntos donde poseia ricas heredades, vestido de caminante, lanceme al mar peligroso del mundo, sin llevar en mi barquilla timon ni brúxula que me libraran de sus tempestuosas borrascas.

Vosotros sabeis, mejor que yo, cual era entonces el estado político de Europa. El emperador Cárlos V, y Francisco I, rey de Francia, hacíanse una guerra á muerte, turbando la tranquilidad del mundo. Los Comuneros en España querian conservar las prerogativas y las franquicias de las ciudades y de las villas, amenazadas por el emperador. Valientes tercios de las comunidades de Castilla y de tropas reales acercábanse á los campos de Villalar. Yo, esperando una batalla, me dirigí á ellos. Trabóse al otro dia de mi llegada. Sin ser comunero, tomé parte en aquella famosa jornada. Unos y otros peleamos con valor inaudito. Vencidos los Comuneros, las cabezas de Padilla y de Bravo, cortadas per el hacha del verdugo, rodaron por el suelo. Aquellos dos infortunados varones, cuyos rostros respiraban el aire de la nobleza castellana, ese aire dulce, tranquilo y grsve, iban hácia el cadalzo, rodeados de Religiosos. Nunca olvidaré las palabras de Padilla:

—*Señor Bravo: ayer fué dia de pelear como caballeros, y hoy de morir como cristianos.*

Lleno de horror y ahogado en lágrimas, abandoné tan lastimeras comarcas, maldiciendo los alzamientos populares, que traen consigo estas catástrofes.

La entrada en Navarra del ejército de Francisco I, al mando de Andrés de Foix, me detuvo en Zaragoza algunos meses. Derrotado Foix en las Navas de Esquirós, tuvo que internarse en Francia. Este feliz suceso me proporcionó el visitarla de incógnito. Grande era la agitacion que en ella habia. Estuve en Bayona, en Tolosa, en Angulema, en Marsella, en Leon y en Paris. En esta nueva Babilonia viví mas de dos años. Siempre ocupado en estudiar las ricas preciosidades artísticas que encierra y sus muchas bibliotecas, olvidaba las tramas de sus gobernantes y el estrépito de sus máquinas de guerra.

Por la noche solia ir á una antigua iglesia gótica, que está en uno de los extremos de Paris, en la que reunido á gentes piadosas me dedicaba á la oracion. Iluminada solamente por dos lámparas presentaba un aspecto sombrio y lacrimoso. En ella comencé á sentir las grandes ideas de la eternidad y de nuestra nada. Aquellas gruesas paredes, aquellas altas bóvedas que habian escuchado los rezos de tantas y tantas generaciones francesas oian entonces los ayes de un jóven español que pedia á Dios misericordia.

Una noche, al salir por la puerta de los pies de la iglesia, siento una mano entre la

multitud, que apretando la derecha mia, me introdujo en ella un carta. No pude, por la oscuridad, distinguir quién era. Sorprendido corrí á mi posada y leí con asombro este billete.

Aquí Alvaro de Noli, sacando del cajon de un estante cercano, una carta, diósela á Miguel de Cervantes Saavedra, para que la leyera en alta voz. Su contenido era el siguiente:

Al Señor Alvaro de Noli.

Yo soy el caballero de... hijo segundo del conde de la... natural y vecino de una villa de Aragon, cercana á la vuestra, amigo de vuestros difuntos padres.

Soy comunero. En los famosos campos de Villalar combatí al lado del valiente Padilla. Huyendo de la cortante hacha del verdugo me he refugiado en Francia, en cuya suelo pienso acabar los dias de mi vida.

Salid pronto de Paris, que la vuestra está en peligro.

El caballero de....

Al dia signiente salí de Paris, sin saber á donde refugiarme. Mi caballo atravesaba sierras y llanuras, sin vereda fija, ni camino cierto. Iba á la ventura de Dios. A las diez jornadas

cojióme la noche en medio de unas sierras. Los ahullidos de las fieras selváticas, mezclados con las pisadas vacilantes de mi caballo, hacian una rara y estremecedora consonancia. Cuando dí la vuelta á un montecillo divisé una confusa luz. Parecióme era de alguna cabaña pastoril. Pero al acercarme á ella, los ladridos de un hermoso mastin me detuvieron en mi marcha. Entonces ví salir de una gruta un viejo solitario con una linterna encendida en la mano.

—Hijo mio: me dijo, en claro español, cuando se acercó á mí ¡qué horas son estas de venir por tan peligrosas soledades! Entra en mi celdilla, y descansarás en ella de tus fatigas. Jóven, pude ofrecerte los anchos salones de un palacio real, pero anciano, no tengo más que las estrechas concavidades de estas peñas. Cerca de cuarenta años hace, que no llega á estos lugares criatura humana. La última fué Cristóbal Colon, el cual descarriado y lleno de hambre y de miseria, presentóseme una tarde al ponerse el sol. Estuvo aqui descansando seis dias. Tomó despues el camino de Inglaterra.

Cuando acabó estas palabras, apeándome del caballo, entré en aquella cueva. Una cama de juncias, un cántaro, una cantimplora, unas

disciplina, un crucifijo y un breviario, eran los úuicos muebles que tenia.

Sentado el solitario en una piedra, me dijo: Por tu noble aire y tu semblante gracioso conocí que eras español; por eso te hablé en tu armoniosa y rica lengua.

—Sí soy español.

Le contesté.

—Tu vista me trae á la memoria mis primeros años: en ellos estuve en España.

Al acabar estas palabras, las lágrimas saltaron desus ojos, y sus manos cruzáronse sobre el pecho. Como tres minutos estuvo de aquella manera, al cabo de los cuales, echando una magestuosa mirada alrededor de sí, comenzó á hablarme de esta suerte:

—Hijo mio: yo soy aleman, primogénito de un poderoso Rey de la Confederacion Germánica. Desde niño tuve mucha aficion á los viajes. Cuando tenia veinticuatro años, salí de la córte de mi padre á recorrer la Europa. Visité sus más grandes Estados. Una tarde, estando yo en la plaza principal de una de las más famosas ciudades de España, vi una jóven tan bella como Venus, acompañada de su madre. Seguila. Era hija del Artillero Mayor. La pedí á sus padres. Me la dieron. Caséme con ella. Los mios, por no ser persona de san-

gre real, me desheredaron judicialmente, borrándome de la lista de sus hijos. Mi esposa murió á los cuatro años. Con ella perdí un trono y una dulce y santa compañera. Yo busqué entonces este ignorado asilo, entre las sierras más escondidas de la Bretaña, donde pronto entregaré mi alma en las manos del Señor. Esta es mi vida en compendio. ¡Gran Dios, tened misericordia de mí!

La concisa, pero tierna narracion del solitario me interesó sobremanera. Entonces le di conocimiento de mi suerte.

—La garra embravecida del Leon de España te persigue. ¡Dios mio, que no se quede con la presa! Grandes acontecimientos, continuó el solitario, se preparan en Europa. Mi pátria y la tuya figurarán en ellos. En el centro de la piadosa Austria, un vil Religioso agustino, llamado Martin Lutero, declarándose abiertamente contra los Pontífices Romanos, vicarios de Jesucristo, vida de nuestras almas, desgarrará el blanco velo de la unidad católica. Francisco I, vencido por vosotros en los campos de Pavía, os entregará su espada. Mas tarde, en el golfo de Lepanto, abatiendo el orgullo del soberbio tirano del Oriente, hareis temblar la media-luna.

Estos vaticinios, que despues se han visto

cumplidos, salieron, como por casualidad, sin esfuerzo alguno, de los lábios de aquel penitente y anciano anacoreta. ¡Ay, quién se hubiera quedado con él, para acabar los tristes dias de la vida en medio de los coros de los ángeles y de los serafines!

Toda la noche estuve oyendo arpejios celestiales, y respirando suavísimos perfumes. Aquella gruta, habitada por un viejo destronado, era el oculto albergue de la virtud de los hijos de los hombres.

No habia venido el dia, cuando me preparé á seguir mi camino. Puesta la silla al caballo, y montado en él, me despedí del eremita.

—Vé con Dios, hijo mio, no olvides nunca en tus fervorosas oraciones á este pobre pecador, al solitario de la Bretaña.

Me dijo con tono amoroso.

Mi caballo rompió la marcha. A las cuatro horas de viaje, salí á una alegre y dilatada llanura, divisando á lo léjos el campanario de un pueblecito. Pronto vime dentro de sus calles. Era domingo, y los aldeanos descansaban de sus duras faenas. A las puertas de las casas habia alegres fiestas.

Habiendo dejado mi caballo en el meson, me dirigí á la Iglesia.

Dentro de ella, ofreciéronseme á la vista y

á la consideracion cuadros de diferentes tintas y entonaciones. En la pila bautismal recibia un niño las saludables aguas de la salvacion eterna. En una capilla, dos jóvenes estaban casándose, y en otra, un soldado sin la pierna derecha, perdida por una bala española en las Navas de Esquirós, oraba con mucho recojimiento ante una imágen de *Nuestra Señora de las Lágrimas*. Allí el bautismo, el amor y la piedad hacian un fervoroso contraste.

—¡Gran Dios! esclamé, tus templos son unos grandes libros, que enseñan más que todos. ¡Feliz el que aprende, en sus sábias páginas, el camino de la Gloria!

Mas de dos horas estuve en la Iglesia haciendo oracion. Quedóse desierta. El anciano sacristan se acercó á mí. Me preguntó de qué pais era. Le contesté que de España. Entonces me dijo que cuando niño habia estado en Granada, poco despues de la conquista, y que habia visto en Sevilla á los Reyes Católicos.

Salí de la Iglesia. Volví á mi meson. Pasé en él la noche. Por la mañana, bien temprano, me puse en camino. No se habia ocultado el sol, cuando estaba á las puertas de una ciudad marítima. Fatigado mi espíritu con tantas penas, quise descansar algun tiempo en

aquella alegre y hermosa poblacion. Por las tardes iba de paseo á las fuertes murallas, que caen á la bahía, para ver los orgullosos buques de guerra. Si yo hubiera sido militar, hubiera sido marino. Nada hay tan sublime en el mundo como la vista de un gran navio, surcando las mares, viento en popa. No parece sino que la misma Providencia anda sobre las aguas.

Embarcado á los pocos dias, en un hermoso buque mercante, me dirijí á Génova. De léjos saludé muchas veces las costas de España. Se necesitaria un pincel mas espresivo que el mio, para dar una ligera idea de los territorios de la riente y poética Italia. Aires purísimos, sierras pintorescas, rios murmurantes, flores odoríferas y casas de campo, llamadas *villas*, donde á porfia han reunido las artes lo más agradable, para vivir cómodamente, se encuentran en todas sus bellísimas comarcas.

En Florencia traté al marqués de Pescara y á Antonio de Leiva, espejos de valientes y de caballeros. Fieles á su Dios, á su pátria y a su rey, peleaban con la pujanza de los espartanos y la bravura de los cartagineses. Jamás desfallecieron en las batallas. Eran almas de gran temple, que no perdian su brioso entusiasmo.

Con pocos soldados como aquellos bien se puede conquistar el mundo.

Asistí á la batalla de Pavía, tan gloriosa para las armas españolas. En ella nuestros tercios, más ardorosos que las cohortes romanas, dejaron bien puesto su alto renombre. Francia, por mano de su rey Francisco I, nos entregó la espada. ¡Ojalá que hubiéramos sacado mejor partido de este bizarrísimo hecho de armas, estorbando la formacion de la célebre *Liga Clementina*!

Viví dos años en Bolonia donde tuve amistad con el valeroso Diego García de Paredes, ilustre campeon de España en las guerras de Nápoles, y acabado modelo de la hidalguía castellana. Su trato era dulce y cariñoso. Murió en Bolonia, retirado de los negocios del mundo, solamente dado á la limosna y á la oracion.

En Milan y en Venecia conocí y traté á los más profundos humanistas, á los más célebres poetas, á los más grandes pintores, á los más correctos estatuarios, glorias imperecederas de las escuelas italianas.

Ví pintar para el palacio ducal de Venecia, á Jacobo Robusti, el *Tintoretto*, su famosa *Gloria*. Conocí en los últimos años de su corta vida á Antonio Alegri, llamado el *Correggio*, dis-

cípulo de Andrés Mantegna. Tuve estrecha amistad con Miguel Angel Amerigi, nombrado el *Caravaggio*, con Julio Pippi, conocido por *Julio Romano*, discipulo de Rafael Sancio, con Pablo Veronés, autor de las *Bodas de Canaam*, y con el incomparable colorista Ticiano Vecelli, el amigo de los Papas, de los Emperadores, de los Reyes y de todos los grandes y poderosos de la tierra.

Estuve en los encendidos bordes del Mongibelo y del Etna, los célebres volcanes del mundo, que vomitando llamas, como el infierno, dan rugidos espantosos. Cuando me acerqué á los del primero, ví un jóven, de rostro pálido, puesto de pié, con un libro en la mano, mirando á aquel horroroso abismo. ¿Quién pensais que seria este jóven? Era mi paisano, el *soldado* de Padilla, el pobre *Comunero*, que me habia dado la carta en la Iglesia gótica de Paris. Andaba algo cojo por una bala de arcabuz, que habia recibido en Villalar, junto á la rodilla izquierda. Contóme su triste historia. Tuvo que abandonar la Francia, para salvar su vida.

Pronto contrajimos el cariño de hermanos. Su caridad, su finura, y su delicadeza lo recomendaban en extremo. Su génio alegre y festivo hacia un raro contraste con sus penas y

con sus amarguras. El recuerdo de sus angustiados padres le desgarraba el corazon.

Una tarde, paseando los dos por las cercanias de la ciudad de Palermo, en la isla de Sicilia, me dijo: que aunque yo, en traje de viajero, habia asistido á la infausta jornada de Villalar, no por eso me habian dejado de conocer, por una delacion hecha á los ocho dias de la batalla, persiguiéndome desde aquella misma hora, como á los *Comuneros*, y que por esto me habia dado la carta en la iglesia de Paris, para que pusiera á salvo mi vida, amenazada por el puñal de los asesinos.

Fuimos juntos á la augusta Roma, á la hermosa córte de los Césares, hoy de los Sumos Pontífices. Vimos sus grandiosas basílicas, sus arcos triunfales, sus magníficos sepulcros, sus museos celebrados y sus ricas bibliotecas. En valde buscamos con ardoroso afan, algunas nuevas memorias ó noticias de Ciceron, de Séneca, de Plinio, de Virgilio, de Horacio, de Ovidio, de Tíbulo y de otros muchos escritores inmortales. Nuestras más laboriosas investigaciones no dieron resultado alguno.

Mi amigo, el lisiado de Villalar, enfermó á los diez meses de vivir en la Ciudad Eterna. Una lenta calentura iba consumiendo sus fuer-

zas. El médico, que lo asistia, le mandó arreglar sus negocios. Confesó, recibió los Santos Sacramentos, de manos de un anciano sacerdote aragonés, que habia sido capellan de su casa y se preparó á morir como un ardiente católico, con la resignacion y la tranquilidad de los favorecidos del Altísimo. Espiró, sin fatigas, entre mis brazos y los de su confesor. Los dos vimos salir de este valle de lágrimas su alma purísima, para volar al Cielo. Siempre que recuerdo aquellos amargos momentos, el corazon se me parte de dolor!

Al dia siguiente lo acompañé á su última morada. Erigí sobre ella una sencilla cruz de mármol blanco, única insignia que debe adornar el sepulcro de los católicos. Sus padres, los ricos condes de la... me escribieron á los cuatro meses. Dábanme las más finas y espresivas gracias por mis buenos oficios, diciéndome entre otras cosas:

«El que, como vuestra merced, cuida de los últimos momentos, pone la mortaja y abre la tumba á un hijo jóven y desdichado, bien merece la dulce gratitud y el eterno cariño de sus afligidísimos padres.»

III.

Cansado de recorrer la Europa, determiné pasar á las Indias occidentales, en un hermoso barco que en Trieste se aparejaba para Goatemala. Mi navegacion fué cómoda y feliz, llegando con buena salud á aquellas lejanisimas regiones, á aquellas poderosas colonias de nuestra España. Lleno de entusiasmo atravesé las dilatadas florestas del Paraguay: subí las altas montañas de los Andes: surqué las alborotadas corrientes del rio de la Plata, el mayor del mundo, y me senté á la consoladora sombra de los *quinos*, árboles del Cielo.

Aquella inmensa parte de la tierra, donde Dios á cada jornada presenta al viagero cuadros de delicados primores, bellísimos paisages, necesitaba otro Plinio, que publicase su vegetacion, y otro Virgilio, que cantase sus cabañas.

Pero nada en el nuevo mundo me maravilló tanto como el rio Niágara. Sus aguas, so-

nando á larguísima distancia, ensordecen las canciones de los pajarillos y el susurro de los vientos. Aquel ruido soberano y misterioso es la voz del Señor, confundiendo la charlatanería de los hijos de los hombres. Cualquiera que como yo al amanecer de un pacífico dia de otoño, no haya pisado los bordes de las cataratas del Niágara, no puede tener una idea justa ni cabal de la sabiduría, ni del poderío del Altísimo.

El Niágara me albergó bajo el verde follaje de sus robustos pinos: dióme el regalado canto de sus avecillas, el blando aroma de sus flores, y con sus blancas espumas, formando sobre mis sienes una primorosa diadema me hizo el rey de las soledades. Mas de dos horas, sentado en el suelo, con la mano en la mejilla, permanecí absorto como una estátua, escuchando el épico sonido de sus ondas, que unas tras de otras pasaban con magestuosa carrera por delante de mí, para precipitarse en el abismo, como nuestros deseos van á hundirse en la eternidad.

Visité las más espléndidas ciudades de los ricos imperios de los Incas y de los Motezomas. En todas encontré el bienestar y la alegría. Ví los suntuosos palacios de los Adelantados, y las limpias cabañas de los Indios,

al fausto de las iglesias, y la pompa de las casas de los banqueros.

A mi vuelta de las Indias, quise visitar por última vez al cenobita de la Bretaña. A fuerza de largos y difíciles rodeos llegué hasta la gruta. El perro me recibió á sus puertas, meneando la cola, ahullando y lamiéndome las palmas de las manos. Entré en ella. Vila desierta. El solitario ya habia muerto. Ni la cama de juncias, ni la calabaza, ni el rosario, ni el libro, ni el Cruxifijo, nada encontré en la cueva. Las gentes piadosas de una lejana aldea se lo habian llevado todo para reliquias. Solamente el mastin, fiel amigo y compañero de su augusto amo, permanecia en la gruta, para morir tambien bajo su rudo techo.

Guiados por las lumbreras de la fé me dirigí á Tierra Santa, el pais más clásico del universo. La Grecia, que visité de paso, levantó, en lo profundo de mi corazon, un *no sé qué* de melancolía, por no encontrar en parte alguna, á sus Platones ni á sus Sócrates, á sus Homeros ni á sus Píndaros, á sus Fidias ni á sus Praxiteles, á sus Zeuxis ni á sus Timantes. Nadie subia al Parnaso: la fuente Castalia estaba seca: yerbas silvestres tapizaban los despedazados muros del Areópago y las abejillas habian huido del Himeto.

Pero todo disipóse como el humo, cuando pisé las costas poéticas de Galilea. El aire de aquellos misteriosos campos me llenaron de suma alegría. En Belen, en Nazaret, en Jericó, en Cirene, en Jerusalem se ensanchó mi corazon maravillosamente. Inflamado de santo entusiasmo, poseido de místico alborozo escuché placentero los sencillos himnos de los pastores del portal: ví caminar los Magos: oí los dulces ayes de María, los suspiros balsámicos de José, los llantos restauradores de la Magdalena y hasta los fieros azotes del Pretorio, y los tremendos martillazos del Calvario. Todo me movió á amor: todo me causó alegría; sí, la alegría de los ángeles porque las puertas de los cielos se abrieron para los pecadores, porque la *Buena Nueva*, el Evangelio se anunció enmedio de los hombres para convertirlos y para salvarlos. Por esto reí, con inefable gozo, en aquellos mismos caminos, en aquellos mismos bosques, en aquellas mismas aldeas, en aquellas mismas ciudades, donde el Rey de los Reyes tanto lloró: en aquellos mismos sitios donde su Madre Santísima apuró el amargo cáliz de los dolores y de los tormentos.

Desde la famosa Alejandría, de Egipto, embarcado en una galera mallorquina, dí la

vuelta para España, viniendo á avecindarme en esta docta y apacible Sevilla, donde me veis, lleno de achaques y sin familia, esperando la muerte, que no tardará. ¡Pobre de mi, que he corrido en todos rumbos, este valle de lágrimas, impulsado por vanos deseos, como la hoja seca que arrastra el vendabal por los despeñaderos!

Cuando acabó estas palabras, echando una lánguida mirada á cada uno de aquellos grandes personajes literarios, de aquellos doctísimos varones, puesta la mano en la megilla, quedóse mudo como una estátua.

Entonces el maestro Francisco de Medina (1) que habia sido uno de los oyentes, le dijo con tono cariñoso:

—Alvaro de Noli: habeis concluido ya la curiosa é interesante relacion de vuestra vida. En ella nos habeis pintado sublimemente vuestros largos viajes, adornándolos de rica erudicion. No podiamos esperar otra cosa de vuestro fecundo ingenio, ni de vuestra reconocida sabiduría.

(1) En este tiempo vivia en el palacio de los duques de Alcalá de los Gazules, llamado la *Casa de Pilatos*, dirigiendo los estudios del hijo mayor de estos Señores.

Todos los que estaban presentes, entre los que figuraban Fernando de Cangas y Gerónimo de los Cobos, asintieron con las ideas del famoso maestro Francisco de Medina.

FIN.

NOTAS. Don Julian Ortega y Sanchez, presbítero, natural de Villanueva del Ariscal. En los años de 1817 y 1818 estudiamos juntos, en Sevilla, la lengua latina, con el señor D. Juan de Vargas, religioso franciscano secularizado, en su colegio, calle de los Menores, casa número 7 moderno; contra.en·do, desde entonces, la dulce amistad de la infancia y del compañerismo, que ni el tiempo, ni la ausencia h n entibiado en nuestros corazones. Por ella tengo el gusto de ofrecerle ahora este recuerdo literario.

En uno de los viejos protocolos de la Escribanía pública de Sevilla, de Luis de Porras, los cuales radican hoy en la de D. Fernando Bermudez, calle del

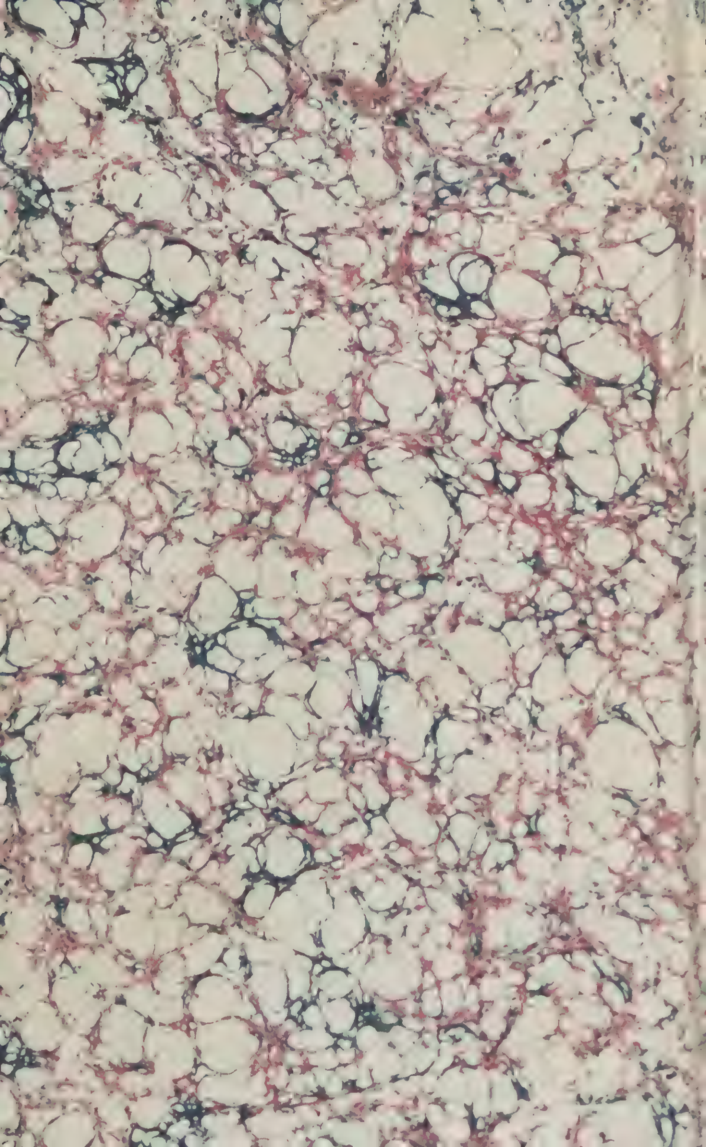
Rosario número 9, moderno, existe en papel sano y letra clara el siguiente documento:

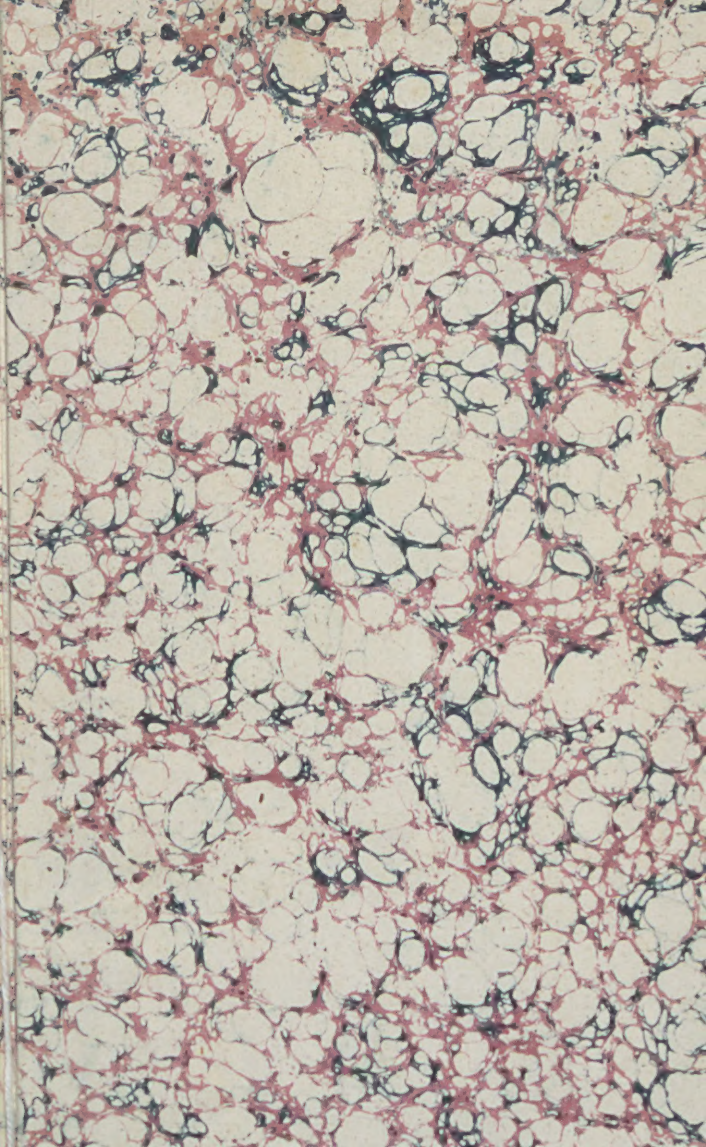
«Sepan cuantos esta carta vieren como yo Miguel de Cervantes Saavedra criado de S. M residente en esta ciudad de Sevilla: otorgo é conosco que he recibido de Diego de Zufre tenedor y pagador de las galeras de España por S. M. residente en esta Ciudad de Sevilla que está ausente cuatrocientos reales de plata que valen trece mil seiscientos maravedises los cuales son para cuenta de los salarios que yo y un ayudante mio habemos de haber por los dias que hemos ocupado y ocuparemos en la saca del aceite que por comision de Francisco Benito de Mena que hace el oficio de proveedor por el señor don Antonio de Guebara en el Puerto de Santa Maria de saca de la Ciudad de Ecija y villa de Carmona y otras partes de esta Andalucia para provision de la Armada de S. M. que está en la Coruña, los cuales dichos cuatrocientos reales recibí del Diego de Zufre en contado de que me doi por pagado á mi voluntad sobre que renuncio la ecepcion é Leyes de la pecunia é prueba de la paga como en ella se contiene y como pagado le otorgo esta carta de pago que es fecha en Sevilla á veinte y siete dias del mes de Marzo de mil quinientos noventa años. Y el dicho otorgante al cual yo el Escribano público in suyo escrito doy fé que conosco, lo firmó de su nombre en este registro: siendo testigos Luis Mexia y Baltasar Valdés, Escribanos de Sevilla.—Miguel de Cervantes Saavedra.—Luis Mexia Escribano de Sevilla.—Baltasar

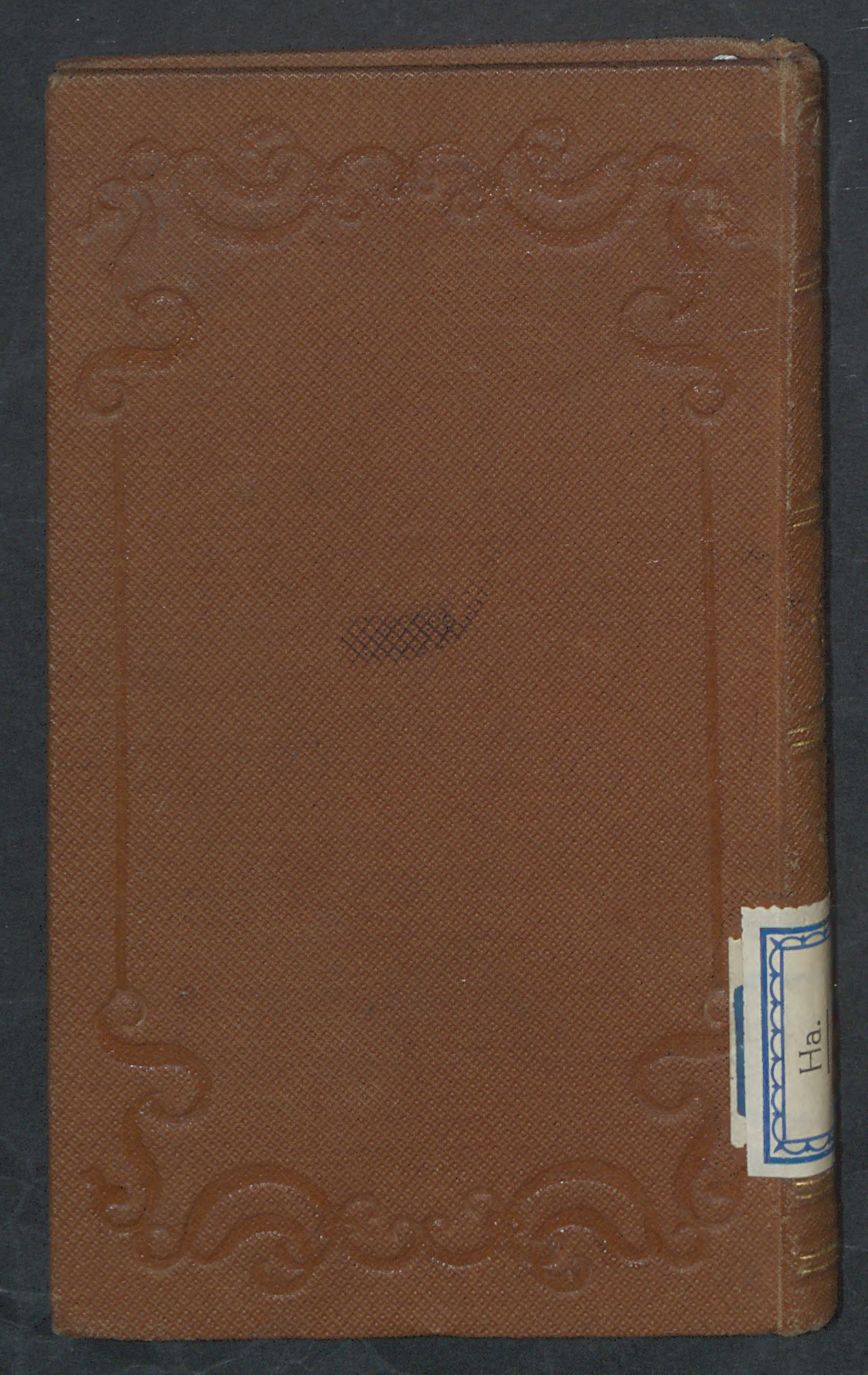
Valdés Escribano de Sevilla.—Luis de Porras Escribano público de Sevilla.

ERRATA.

En la página 8, donde dice: Vueltos á España, desposáronse en Madrid, en cuya córte se avecindaron: léase solamente: Vueltos á España, desposaronse en Madrid.






Ha.


4212

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm